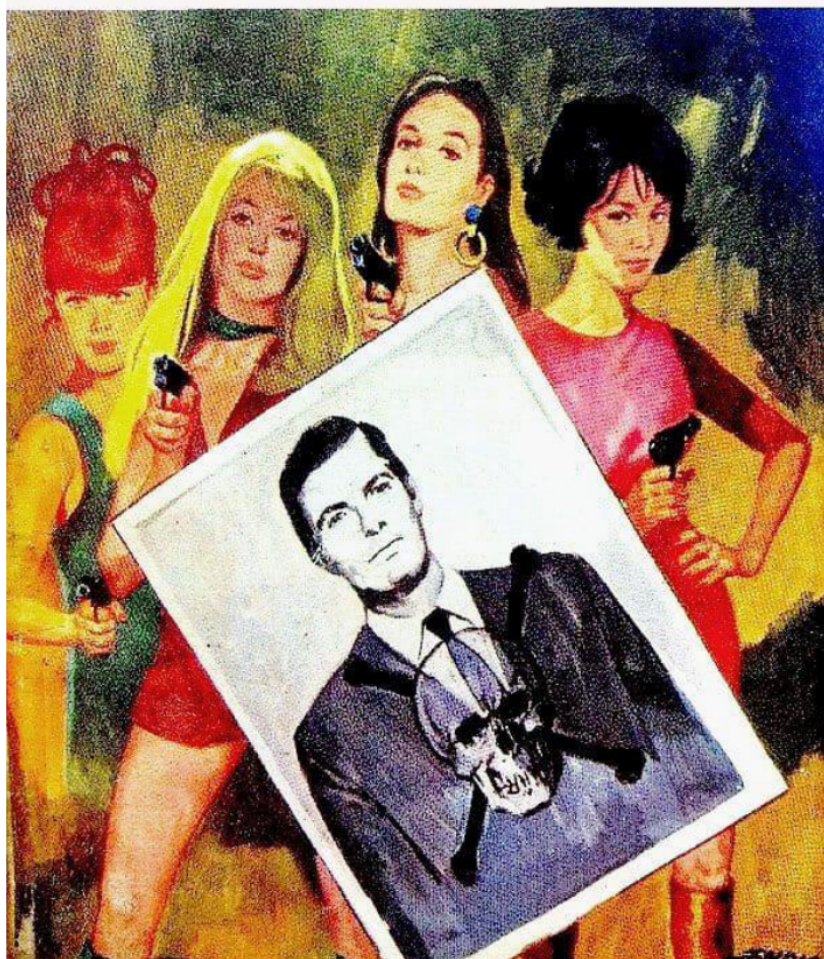




mi bella asesina

CURTIS GARLAND



El protagonista de esta novela, ambientada en Londres, se apellida Eastwood, pero sólo es un ex deportista que ahora trabaja en televisión de comentarista del medio. Está a punto de casarse, cuando un día se cuela en el apartamento de su prometida y encuentra un sobre con una foto suya, y una orden de matarle. Cuando, días después, le pide explicaciones por teléfono, ella le cuelga y desaparece, y cuando la va a buscar al trabajo —actúa como modelo— le dicen que abandonó el empleo unos días atrás...



Curtis Garland

Mi bella asesina

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1300

ePub r1.0

Titivillus 10-12-2019

Título original: *Mi bella asesina*
Curtis Garland, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando lo supe, era demasiado tarde.

Demasiado tarde para hacer nada. Incluso demasiado tarde para salvarme.

Porque para entonces, todo estaba hecho. No había escapatoria. Una perfecta y pegajosa tela de araña se cerraba sobre mí, me envolvía en sus hilos adherentes, con viscosa fuerza.

No era posible salir de aquella red mortal. Como la mosca sorprendida por el cruel y voraz arácnido, me encontré preso en la maraña siniestra que alguien había tejido en la sombra, en torno mío.

Sí. Era muy tarde ya para impedir lo irremediable.

Iban a matarme. Iba a ser asesinado por la persona en quien más confiaba. Y eso que yo nunca había confiado demasiado en nadie. Ni siquiera ahora. Pero confié en alguien... y ese alguien iba a ser mi asesino.

Mi asesina.

Mi bella y despiadada asesina...

La más hermosa, fría y cruel de las, personas capaces de asesinar.

Tenía que ser ella. Precisamente ella. Y yo... yo tenía que ser, precisamente, su víctima.

Me pregunté si estaría loco. O si lo estaba ella. O quizá los dos...

O el mundo entero. Pero ese mundo era el que yo iba a abandonar ahora mismo. A manes de ella. De mi bella, de mi cruel, de mi adorada asesina...

* * *

Estaba sujeto. Atado al lecho. Era incapaz de moverme.

No sé cómo lo había conseguido. Pero era así. Lo había logrado. Yo era su víctima. Yo iba a ser el asesinado. Y ella...

Ella, hermosa. Como mofándose de mí, de mis sentimientos... y hasta de mis deseos. Sí.

Porque sentía deseos. Tal vez deseos incluso incomprensibles en mí.

Y, sin embargo, iba a matarme.

El aire era frío y húmedo. Entraba por la ventana abierta, agitaba la cortina, como un pálido fantasma sobre la noche. Movía sus tenues ropas sobre las mórbidas formas de Vivian, dibujadas nítidamente sobre la luz espectral del exterior.

En su mano, centelleó algo. Una larga hoja de acero. Se aproximó a mí. Lenta, muy lentamente. Traté de moverme, de saltar fuera del lecho.

Era imposible. No entendía cómo lo había logrado, pero estaba sujeto a la cama. Miré mi cuerpo paralizado. Me estremecí.

Eran fuertes correas. E incluso cadenas. Sentía mi cabeza torpe, mi mirada borrosa, mis ojos irritados, como si hubiera arenilla en ellos. Tal vez me había narcotizado primero, para luego ensañarse en mi ejecución.

Porque aquello era una auténtica ejecución. O iba a serlo, en escasos segundos. Y la víctima era yo. Yo, su prometido... que iba a ser acuchillado por su propia mano. Inexplicable, absurdamente. Pero era así.

Traté de entenderlo. Y de averiguarlo. Sobre todo, de averiguarlo. La interpele, angustiado, con voz ronca, crispada, que difícilmente reconocí como mía:

—¿Por qué, Vivian, cariño? ¿Por qué?

—Lo siento, querido —me dijo con voz profunda, fría y sin emoción

—. Tengo que hacerlo. Es absolutamente preciso...

—Pero... ¿por qué? —gemí, revolviéndome estérilmente en mi prisión, tendido en aquella cama, mientras ella, inexorable, rígida, se acercaba a mí—. ¿Por qué tú precisamente, Vivian? No te hice nada, siento cariño por ti, vamos a casarnos pronto... ¿Por qué, por qué...?

—No preguntes. No hay respuestas. Tiene que ser así. Y así será. Has de morir, Mark. Y morirás. Ahora mismo. Sin dolor, te lo prometo. Ningún dolor. Es todo lo que puedo hacer por ti.

Hubiera querido hacerle más preguntas. Pero no supe por dónde empezar. Ni siquiera sabía lo que debía preguntarle. Realmente, no había nada que aclarar. Sólo sus motivos, sus razones para aquel crimen. Y ella misma había dado la más tremenda de las conclusiones previas: «No hay respuestas». Si no iba a responderme, ¿para qué preguntar? ¿Para qué intentar saber aquello que ella

nunca me revelaría?

La tenía ya ante mí. Inclínada sobre la cama. Sobre mí mismo. Alzó el brazo desnudo. Los tules y gasas se agitaron alrededor de su hermosa figura. Era un hermoso tipo de mujer. La muerte podía ser hermosa. Pero no por ello dejaba de ser... la muerte.

—Bien —susurré, mirándola con ojos angustiados—. Adelante. Golpea ya. Espero ese frío acero en mi cuerpo.

Sólo quisiera saber... saber por qué... y tú no me permites ese pequeño consuelo, Vivian querida...

Sonrió. Como sonreía ella, con sus labios gordezuelos y golosos. Sus dientes eran iguales y muy blancos. Su piel tersa, sedosa. Sus ojos, azules y limpios.

Vivian era bella, atractiva, seductora. Nunca imaginé que pudiera ser, además, una asesina. Pero lo era. E iba a matarme ya. En este preciso momento.

Aún tuvo cierta piedad de mí, antes de descender el acero puntiagudo. Me explicó con una frialdad alucinante:

—Debo hacerlo. Quisiera que lo entendieras, Mark querido. Pero es difícil. Muy difícil. No soy yo. No es mi voluntad. Hay alguien... Se me ha dado una orden. Y debo cumplirla. Tú has de morir. Has de morir... hoy. Adiós, Mark, amor mío...

—¡No! —grité roncamente, sacudiendo en vano mi cuerpo entre las ataduras—. ¡Eso no! ¡No puedes hacerlo...! ¡Vivian!

Se inclinó más sobre mí. Sentí su boca en la mía. Sus labios en los míos. Fue un contacto ardiente. Casi abrasador.

Al mismo tiempo, noté el frío del acero en mi cuerpo. Y el estallido hirviente de mi sangre, en las venas rotas. Fue un impacto helado. Muy helado.

Supe que la muerte podía serlo todo a la vez. Calor y frío. Pasión y dolor. Fuego y hielo.

Luego... todo se borró en mis ojos. Se hundieron en la oscuridad. Y yo también. Dejé de ver a Vivian, mi bella asesina.

Y supe que todo había terminado pava mí.

Supe que estaba muerto.

Y supe qué era, cómo era la muerte. Supe lo que era la oscuridad eterna. La Nada...

Como lo saben los muertos. Pero no podía decírselo a nadie. Como tampoco lo pueden decir los muertos...

El frío de la muerte. Debía de ser aquello.

Y supe que se podía sudar una vez muerto. Supe que era un helado y viscoso sudor, formando un contacto húmedo sobre la piel fría e inerte...

Luego, abrí los ojos.

Supe que estaba solo en mi lecho. Sin ataduras. Sin nada que me sujetara. Simplemente, había despertado.

El sueño había terminado. La pesadilla quedaba atrás. Sólo eso.

Respiré profundamente. Me enjuagué el sudor. Y respiré con alivio. Un sueño puede ser desagradable. Pero es sólo un sueño. Y el despertar resulta siempre mucho más grato.

Yo había despertado. La imagen de Vivian, convertida en asesina, quedaba atrás. En el mundo sin formas de las pesadillas. En donde las cosas no eran sino humo fácil de diluirse en un limbo sin materia ni sentido.

Me incorporé despacio. Sentí frío. Realmente, la ventana estaba abierta. Y la noche era brumosa y húmeda, como acostumbran a ser las noches de Londres en el otoño. Pero yo estaba solo en mi lecho y en mi dormitorio, como era normal.

Miré el reloj, sobre la mesilla de noche. Eran ya las cuatro de la mañana. Me toqué las sienes. Sentí en ellas el ardor de la fiebre. Caminé tambaleante, en dirección a la ventana, y la cerré. Luego, busqué un sorbo de agua y me senté en el lecho, sin sentir la menor sensación de sueño. Estaba totalmente despejado, como si hubiera dormido diez horas. Y distaba mucho de ser así.

Conecté la radio, para escuchar algo de música. Emitían melodías bailables, muy suaves. Encendí un cigarrillo. Fumé, tratando de serenar mis nervios.

Un simple sueño no era capaz de alterarlos. Nunca había ocurrido así, cuando menos. Ni en los tiempos en que defendía mi camisola del West Ham, como delantero centro, ni ahora, como comentarista deportivo en radio y televisión.

Pero había algo más que un sueño. Bastante más.

Dijo Freud, o quizá Jung, no he sido nunca muy fuerte en esas cosas del psicoanálisis, que los sueños no dejan de ser sino una simple manifestación subconsciente de nuestros propios sentimientos,

emociones y pasiones. Claro que ellos daban mucha importancia al sexo, cosa en la que yo no estaba de acuerdo. Aparte de eso, quizá ellos tenían razón. Mi mente era una total confusión. Y mis sueños no eran esta noche sino el reflejo de la escalofriante realidad que me tocaba vivir.

Después de todo, había algo más que un sueño.

Aquel hallazgo terrible, en ausencia de mi prometida, dentro de la gaveta de su propio tocador. Quizá ella olvidó que yo tenía una llave de su apartamento. A fin de cuentas, esto no era nada anómalo, teniendo en cuenta que le había pedido casarme con ella, que ella había aceptado... y que la boda se celebraría justamente dentro de un mes.

Lo cierto es que estuve en su apartamento, y así me enteré de que, inesperadamente, por causa de su trabajo como modelo de alta costura en London *Lady*, se había ausentado de la ciudad por dos días. Regresaría inmediatamente, justo aquel mismo domingo. No había podido comunicarse conmigo, por estar yo también ausente, a causa de un encuentro de fútbol internacional en el extranjero, con la selección británica, por exigencias de mi profesión informativa.

No sé por qué tuve que curiosear en su coquetón apartamento de Marylebone. Tal vez fue solamente accidental. O una jugarreta del destino. Lo cierto es que lo hice.

Y en su tocador hallé aquella fotografía mía, amplia y detallada, dentro del sobre color marrón, dirigido con rotulador a su nombre, y sellado en el propio Londres.

Era yo mismo en una fotografía que me era poco familiar, impresa con líneas, como una telefoto, acaso obtenida por algún reportero gráfico. Estaba cruzada por un aspa con rotulador negro que la emborronaba.

Y al pie, con otro rotulador rojo, se había escrito algo siniestro, increíble:

«Número 17. Mark Eastwood. Muerte inmediata.
Ejecute sentencia».

Eso era todo.

Así supe que, realmente, mi prometida, Vivian Bloom, tenía que

asesinarme.

Y eso no era un sueño.

* * *

Asesinarme. Ella a mí. Mi propia prometida.

Primero pensé que era ridículo. Absurdo. Acaso una broma. O un juego, o una diversión macabra, de mal gusto. Había cosas poco claras, como aquel «Número 17». O aquel término frío y casi judicial de «ejecute sentencia». Pero el envío iba dirigido a nombre de Vivian. Sin remitente. Y ella lo había guardado entre sus ropas íntimas y sus cosas de mujer.

Miré la fecha de matasellos de una estafeta postal de Charing *Cross*. Era del día anterior, justamente. Giré la fotografía en mis manos, repentinamente heladas. Leí aquel texto fríamente impreso con un simple sello de caucho y un tampón azul oscuro, al dorso:

«Destruya este material apenas recibido».

Todo aquello sonaba a puro disparate. Pero no tenía aspecto de simple broma. Vivian debió destruir mi fotografía y el texto anexo, así como el sobre estampillado, apenas llegara a su poder. Por qué no lo hizo, era algo que yo no podía entender. Y menos entonces, en ese tremendo instante de estupor y desorientación sin límites.

No era posible. Aquello no podía suceder. Yo no podía estar marcado para morir, por un anónimo corresponsal de Vivian, que hubiera dado esa simple orden sobre una fotografía mía, a través de un simple mensaje postal. No tenía sentida. Era como un juego grotesco o un concurso por correspondencia. Pero nunca se concursa con la muerte de una persona.

Y aquélla era mi fotografía, mi nombre. Y Vivian era mi prometida. Había tratado de comunicar con ella, en vano. No supe si hacía bien, pero dejé de nuevo la fotografía en su tocador, y regresé a mi casa, hecho un mar de confesiones. Era fin de semana, y aunque telefoneé a la casa central de London *Lady*, no encontré a nadie al otro extremo del hilo telefónico.

Era lunes ya. Ahora podía intentar localizar a Vivian, que tal vez

habría regresado de su viaje profesional. Me froté el mentón. La idea se me acababa de ocurrir ahora. Primero, había tomado un calmante para dormir. Y había dormido, pero mi sueño no fue todo lo agradable que hubiera deseado. Ni lo suficientemente prolongado.

Debía intentar hacer algo. Sabía que no me sería posible conciliar otra vez el sueño. Mi excitación era muy acentuada, y sentía mis nervios como cuerdas de guitarra.

Tomé el teléfono. Medité, unos instantes, con el dedo sobre el dial. Tal vez era suicida. A fin de cuentas, Vivian tenía una orden recibida: la de matar a Mark Eastwood. Y Mark Eastwood era yo. Telefonarla, sólo lograría sobresaltarla, prevenirla. Tal vez sospecharía que yo estuve en su apartamento. Pero era necesario salir de dudas. Y cuanto antes mejor.

Marqué el número, resueltamente. Oí la señal de llamada. Una, dos, tres, cuatro veces... Me dispuse a colgar. Vivian no contestaba. Era obvio que aún no había regresado.

Iba a colgar ya, cuando oí el chasquido del teléfono al otro extremo del hilo. Me estremecí al oír su voz:

—¿Sí?

Me quedé rígido. No esperaba oírla. Su monosílabo me había dejado sin voz. No capté en su tono señal alguna de somnolencia. Como si no estuviera durmiendo al recibir la llamada. A esta hora de la mañana, resultaba extraño. Conocía sus costumbres.

—¿Sí? —insistió ella—. ¿Quién llama?

Tragué saliva. Logré articular unas palabras, roncamente:

—Vivian, soy yo. Mark...

Un silencio. Un prolongado silencio. Al parecer, no era yo el único sorprendido. También ella acusaba el golpe. Insistí, ahora más envalentonado:

—Vivian, ¿me escuchas?

—Sí, sí... —musitó ella—. Es que... no esperaba tu llamada. No a estas horas, Mark.

—Lo supongo —creo que incluso sonreí, pero ella no podía verlo. Y mi voz sonaba fría, casi afilada como un cuchillo—. Es muy tarde ya. Quería saber si habías regresado.

—Ya ves que sí, querido —su banalidad era falsa, o me lo parecía a mí—. Esta misma noche, sobre las diez. Ha sido agotador, créeme.

—Te creo. Sin embargo, no pareces tener mucho sueño...

—¿Cómo sabes...? Oh, entiendo. Mi voz... —Oí una breve risa suya, y me pregunté si sería espontánea—. La verdad es que no he conciliado aún el sueño. Quizá los propios nervios. Pero me siento agotada físicamente. Mark, por cierto, ¿y tú? Te noto despejado...

—He dormido, pero desperté hace rato —suspiré—. No me sentía bien del todo.

—¿Te ocurre algo?

—No, no es nada especial. Quizá un poco de nerviosismo. Ahora dormiré mejor, sabiendo que estás bien. ¿Todo ha ido sin novedad?

—Sin novedad, como siempre. ¿Te preocupaba alguna cosa, Mark?

—No, ninguna —mentí fríamente—. Bien, creo que no debí molestarte. Debes dormir, cariño.

—Sabes que tu llamada no puede ser una molestia para mí. Yo lo hubiera hecho, de no suponer que estarías tú descansando. La verdad es que me preocupó tu llamada. No esperaba oír el teléfono a estas horas.

—Vivian...

—¿Sí? —Hubo un silencio—. ¿Qué quieres, Mark?

—No, nada —suspiré. Luego, hablé con tono repentinamente seco

—: Estuve hoy en tu apartamento.

—¿Tú? —dudó—. Oh, cierto. Tienes una llave... Lo había olvidado por completo.

—Encontré tu nota sobre ese viaje inesperado, con tus modelitos. No toqué nada apenas. Pero si algo está desordenado, discúlpame.

—Claro —¿era imaginación mía, o su tono era ahora tenso? Añadió, calmosa: —No tienes que preocuparte por eso, querido. Sabes que puedes venir cuando quieras. Dentro de un mes, compartiremos nuestra vida y nuestro hogar. No tengo nada que ocultarte. Ni aquí, ni en ninguna parte.

Me pregunté cómo era posible tanto cinismo. Evocando el rostro delicado de ella, su elegancia natural, su alta figura, su cabello rubio suave, sus ojos claros, me resultaba imposible imaginarla con aquella fría mentira en su boca. Tal vez todo era falso, pensé. Quizá ni siquiera sabía ella nada de todo eso. Es más: podía ser una trampa, algo puesto por alguien allí, para provocar entre nosotros una ruptura súbita.

No sé por qué lo hice. Quizá era cuestión de afrentar las cosas

directamente. A la desesperada. Todo era mejor que la incertidumbre. Cualquier cosa era preferible a dudar, a preguntarse... y a no tener respuesta.

Quizá por eso lo hice. Lo cierto es que noté mi propia frialdad, la dureza de mi voz, al preguntar de repente a Vivian, como quien dispara un escopetazo:

—Querida... ¿de verdad serías capaz de... *de matarme* por orden de alguien?

Esperé. El corazón me palpitaba con fuerza. Las sienes me latían alocadamente, y sentía algo oprimiendo férreamente mi caja torácica. El sudor había brotado de súbito en mi rostro y en mis manos, dejándolos viscosos, fríos.

No había respuesta. Vivian no decía nada.

Era como si, de repente, al otro lado del teléfono sólo hubiera vacío y muerte. Como si no existiera nadie. Insistí:

—Vivian, por favor... ¿Estás ahí? ¿Me escuchas? ¡Vivian!

Seguía el silencio inexplicable. Y, de repente, un seco «clic».

Habían colgado el teléfono. Ya no se pedía escuchar nada.

CAPÍTULO II

Me pregunto muchas veces por qué regarán las calles de Londres en la madrugada, especialmente en otoño e invierno. Es absolutamente innecesario, puesto que la humedad y la niebla se encargan de mojar el asfalto hasta parecer charol lustroso.

Pues bien: cuando mi coche me conducía por el centro de la ciudad, vacía de tráfico a causa de la hora, en dirección a Marylebone, las mangas de riego y los camiones cisterna se ocupaban de tal tarea, quizá por quitar la viscosidad del pavimento urbano, dejándolo aproximadamente tan mojado como estaba antes.

Dejé mi «Austin» frente al edificio de apartamentos, y me introduje en él, resueltamente. Quizá era una verdadera locura, tras conocer la existencia de aquella rara fotografía como impresa a rayas, igual que se ve una imagen en televisión o la fotografía transmitida por radio, y cubierta por la gruesa aspa negra, de siniestro significado sin duda alguna. Además, Vivian no había negado nada. Es más, me mintió fríamente, y luego, una vez acorralada, se limitó a colgar el teléfono, sin pronunciar palabra.

Me había costado algún tiempo decidirme a dar este paso concreto. No sabía qué hacer, en mi propia confusión. Recurrir a la policía podía ser un medio, pero tratándose de Vivian, era mejor esperar, confiar en que ella me aclararía algo... Cualquier cosa antes de convertir mis temores en un simple asunto oficial, en un *dossier* judicial, con Vivian encartada en él.

Visitarla, podía ser una temeridad. No temía a Vivian, pese a todo. Pero ¿no habría alguien más en el asunto? Aunque maldito si entendía una sola palabra de todo aquello, entre otras razones porque no veía ni remotamente el menor motivo para que alguien quisiera verme muerto.

No creía tener enemigos, no poseía medios de fortuna, no me había mezclado jamás en asuntos peligrosos o anómalos con nadie, y mi labor de comentarista de deportes tampoco era fácil que me granjease enemistades, ya que nunca acostumbraba a molestar a nadie en particular con mis crónicas o comentarios. En suma: era

todo un auténtico disparate, desde su mismo inicio, y quizá todo podía obedecer a un error monstruoso, por parte de alguien.

Pero ¿y Vivian? ¿Cuál era su papel en aquel misterio incomprensible?

Era lo que estaba dispuesto a averiguar ahora mismo, y con todos los riesgos que pudiera llevar consigo. Para eso había llegado al apartamento de Vivian. Para eso llamé, presionando insistentemente su llamador. Oí el musical tintineo, repetido varias veces dentro de la casa, a tan intempestivas horas.

Transcurrieron los segundos. Al minuto exacto, había sonado al menos diez veces el llamador, sin resultado positivo alguno. El sueño de Vivian no podía ser tan profundo. Quizá no quería abrirme.

Utilicé mis llaves. Si no había pasado el pestillo de seguridad, abriría la puerta. Si no, llamaría hasta cansarme. O hasta cansarla a ella.

No había pestillo. Abrí la puerta sin dificultades. Entré en el apartamento, con paso cauto. Di las luces a mi paso. Llamé con voz seca:

—¡Vivian! ¡Vivian! ¿Dónde estás?

Silencio. Algo frío se enroscaba en torno a mi corazón, amortiguando sus palpitaciones.

Me sentía inquieto, preocupado. Pero ya no era momento de retroceder. Y no lo haría.

Llegué al *living*. No vi rastro de Vivian. Asomé a su dormitorio, resuelto a todo. Di la luz.

La cama estaba sin deshacer. Nadie había reposado en ella. Miré el teléfono, sobre la mesilla. A su lado, faltaban cosas: el pequeño reloj-despertador, la caja de plata con cigarrillos...

Una ojeada al armario empotrado, me reveló sus puertas abiertas, sus prendas desordenadas y escasas. Faltaban algunas. También zapatos. Y las maletas. No estaban allí. Eran dos, una roja y otra negra. Ya no había ninguna.

Miré al tocador, rápidamente. Ni el perfume, ni sus cosméticos. Todo había desaparecido. Avancé hasta el cuarto de aseo. Faltaba el cepillo de dientes, la pasta dentífrica, todo. Igual que en la ausencia anterior de Vivian. Pero ahora se había llevado más cosas.

Una rápida asociación de ideas, me hizo volver al dormitorio. Me

incliné sobre el tocador y abrí la gaveta. Las prendas íntimas ya no estaban allí. Ni *slips* ni corpiños.

Tampoco el sobre de papel marrón. Ni su contenido. Todo había desaparecido. Incluso la única prueba de que algo andaba mal, de que por alguna oscura e incomprensible razón, yo estaba condenado a muerte... y Vivian parecía ser la señalada para ejecutar tan increíble sentencia...

* * *

Era el único lugar donde podía buscarla. Y la estaba buscando.

Fui uno de los primeros en llegar, aquel lunes por la mañana. Me crucé con muchachas altas, elegantes y somnolientas, que iban a su trabajo cotidiano, mucho más duro e ingrato de lo que la gente piensa. Eran las modelos profesionales de la London *Lady*, la importante casa de modas británica, con fama en todo el mundo.

Pero yo no había ido a buscar a ninguna modelo de aquéllas, sino a una muy concreta, que no estuvo entre las que cruzaron ante mí, después de abandonar el taxi o el *bus* en las proximidades del moderno edificio de New Bond Street donde se hallaba emplazada la entidad de alta costura.

Vivian Bloom no acudió esa mañana al trabajo. A las diez menos veinte minutos, un rutinario empleado recogió el registro de fichas de entrada de las modelos, y se dispuso a entrar en el recinto. Yo le detuve:

—Deseo ver a Vivian Bloom. Es modelo. Y yo soy su prometido.

—¿Vivian Bloom? —Me miró pensativo. Luego, estudió el mecanismo de registro y los nombres y cifras en él consignados. Sacudió la cabeza enérgicamente—. Lo siento, señor. No trabaja aquí.

—¿Cómo? —protesté—. ¡Lleva tiempo empleada en London *Lady*! ¡He venido muchas veces a recogerla aquí! Ayer mismo regresó de una gira de exhibición...

—Señor, no sé lo que haría ayer la señorita Bloom. Claro que la conozco y sé que trabajaba aquí. Pero eso fue hasta... hasta el viernes —aclaró, tras mirar un registro anexo—. Ese mismo día se despidió.

—¿Se despidió? —murmuré, asombrado—. ¡Eso es imposible! ¡Ella trabajó hasta ayer en esa exhibición fuera de Londres!

—¿Fuera de Londres, señor? —Sonó la voz a mi espalda, suavemente—. Mucho me temo que esté en un error. No exhibimos modelos fuera de la ciudad desde hace dos meses...

Me volví, de sobresalto en sobresalto. El empleado se encogió de hombros, alejándose con sus fichas registradas, y yo me quedé frente a frente con la dama alta, arrogante, de señorial aspecto, vestida sobriamente de azul oscuro, con cuello cerrado y falda clásica, por media pierna. Aun sin llevar tacón alto, era casi de mi estatura, o muy poco menos. Y yo tengo seis pies largos de estatura [1].

Tenía el cabello oscuro, estirado, peinado en moño a la nuca. Sus ojos eran también oscuros y profundos, tras sus gafas de vidrios delgados, con montura de metal plateado. En las manos, largas y marfileñas, vi joyas valiosas pero muy sobrias de aspecto.

—Perdone —murmuré—. ¿Ha dicho usted, señorita...?

—Señora. Señora Langdon —me rectificó ella con cierta frialdad—. Joyce Langdon, exactamente, señor. En cuanto a la señorita Bloom, por quien le oí preguntar, ese hombre le dijo la verdad: ella abandonó la empresa el viernes. Se despidió amistosamente, y es todo cuanto sé.

—Pero eso no es posible... —protesté—. Señora Langdon, ella me dijo que iba fuera de Londres, a una exhibición... y no me habló de haber dejado la London *Lady*...

—Caballero, no acostumbro a mentir —me replicó secamente—. Puede comprobar cuando lo desee que la London *Lady* no exhibió modelos desde hace tres semanas en público, y más de dos meses fuera de la ciudad. En cuanto a la señorita Bloom... puede comprobar lo que le digo en la sección de Personal. Yo soy solamente la directora de diseños, aunque trato directamente con mis modelos cada día. ¿Desea subir al departamento correspondiente y enterarse de más detalles, señor...?

—Eastwood —dije—. Mark Eastwood. Vivian Bloom es mi prometida. Vamos a casarnos dentro de un mes. Y ha desaparecido de su domicilio sin dejar mensaje alguno.

—Lo siento, señor Eastwood —hizo un gesto calmoso—. Entre, por favor. Puede que le aclaren algo más la situación...

Entré. Realmente, no tenía otra cosa que hacer. Así conocí a Robin Blackwell.

* * *

Era el gerente de la firma, y jefe de Personal especializado, como eran los modelos de la London *Lady*. Aparte de eso, era particularmente desagradable.

No parecía muy varonil. Yo hubiera dicho que no lo era en absoluto. Y sí muy feminoide. Tal vez esas cosas se contagian, trabajando como trabajaba él, entre modelos, mujeres bellas, llenas de feminidad, trapos más o menos vistosos y caros, y todo lo que el mundo de la moda de la mujer trae consigo. Pero, evidentemente, a él le había influido sobremanera todo eso, hasta el punto de moverse como una bailarina, llevar ostensibles sombras de maquillaje en párpados y mejillas, y vestir una camisa inverosímil, de vivos colores, y un pantalón escarlata. Sí, está bien escrito. Escarlata. Ah... Los zapatos eran rosa. Sí, *r-o-s-a*. Exactamente rosa... ¡Cielos, qué tipo el tal Robin Blackwell!

—Será un placer atenderle en cuanto usted desee, caballero —dijo untuoso, con una sonrisa acaramelada y un ridículo parpadeo de sus ojos azules y redondos. Se inclinó, realmente cortés. Su voz era meliflua y aflautada. Pero no era asunto mío su simpatía personal hacia el *gay power*, o cosa parecida. Yo estaba allí para buscar a Vivian Bloom, no a los tipos equívocos que invaden Londres y cualquier ciudad actual, como antes invadieren Sodoma y Gomorra.

—Gracias —dije secamente, mirando en derredor mío la oficina circular, de grandes vidrieras negras, de juegos de luces, de modelos sobre paneles encristalados luminosos, y de maniqués con los últimos gritos de la moda inglesa o de cualquier otro país. Hablé sin rodeos—: Buscó a una mujer. Vivian Bloom, maniquí de London *Lady*.

—¿Vivian? ¿Vivian Bloom? —repitió como una cinta magnetofónica. Hizo un gesto ampuloso con su mano derecha—. Oh, sí, sí. Ya sé. La joven Vivian, de cabellos color de miel...

—Sí. Los tiene de ese color —admití de mala gana, sin desviar mis ojos de él—. Me han dicho que ya no está aquí.

—Exacto. Y se lo ha dicho *lady* Joyce Langdon. ¿Sabe quién es ella? Nuestra primera autoridad en modas y maniqués. No pudo mentirle, señor... señor Eastwood.

—¿Y no me mintió?

—No. La señorita Bloom ya no trabaja con nosotros —exhaló un suspiro profundo—. Lástima... Es una gran chica. Una modelo consciente, profesional... y tan bella como elegante. No abundan las chicas como ella en la profesión, si he de serle sincero.

—Pero está fuera del negocio, a pesar de todo eso. La despidieron, sin tener en cuenta tantas virtudes...

—¿Despedirla? —Mostró asombro—. ¿Nosotros? Oh, no, nunca. Debe haber un error en todo esto, señor Eastwood. Le aseguro que a personas así no se las despide fácilmente. Fue ella la que se despidió. Fue el viernes, sí. Recuerdo que me dijo adiós, pidió sus sueldos devengados... y se fue. Eso ha sido todo, se lo aseguro.

—No puedo entenderlo, señor Blackwell. Mi prometida no tenía intención de despedirse de aquí. Y tampoco me dijo que lo hubiera hecho, aunque hablé con ella anoche mismo.

—Tal vez optó por ocultárselo —se encogió de hombros, indiferente—. No se fíe demasiado de las mujeres. Son tan bonitas como falsas. Rara vez se sinceran totalmente con uno, ni siquiera cuando van a casarse... o cuando ya se han casado. Especialmente, en este último caso.

—Un punto de vista personal muy digno de ser tenido en cuenta, señor Blackwell, pero que no me interesa en absoluto —corté secamente, parándome ante un modelo fascinante de bañador para la nueva temporada, en dos mínimas piezas, sobre un maniquí de máximas proporciones. Eso, en la playa y sobre una auténtica epidermis de mujer, debía de ser algo digno de verse. Si es que el sol permitía verlo con suficiente claridad... Moví la cabeza y luego estudié de reojo al individuo afeminado que llevaba la gerencia de la importante empresa—. Supongo que habrá dado algún motivo para ese despido... y también su posible dirección futura profesional, por si precisan de ella en algún sentido...

—No —negó Blackwell—. Me temo que no. Personalmente la despedí, pidiéndole esos datos, y se negó, indicando que no pensaba cambiarse de domicilio, y sabía dónde podía encontrarla.

—Pues se ha cambiado —dije con acritud—. Ha emprendido viaje

no sé adónde, señor Blackwell. Dejó su casa, llevándose todo lo imprescindible y personal. De modo que ahora no podríamos hallarla ni usted ni yo. Por eso he venido a su empresa. Confiaba en que pudieran ayudarme.

—Pues ya ve: no nos es posible —suspiró el afeminado individuo—. De veras lo siento. Si puedo ayudarle en alguna otra cosa, no dude usted en...

—No dudaré —dije bruscamente—. Gracias por todo. Y buenos días.

Me encaminé a la puerta de salida de la estancia. Ésta se abrió cuando yo llegaba ante ella.

Y me vi ante aquel bañador del modelo. Esta vez, sobre un cuerpo que no era de cartón ni escayola, sino de carne y hueso. Para ser modelo, la verdad, más de carne que de hueso. ¡Y qué carne!

Fue como verse ante una diosa semidesnuda, surgida del propio Olimpo.

Pero era sólo una modelo. Hasta entonces, había pensado que Vivian era la más bella maniquí de Londres y de toda Europa. Ahora, por un momento, estuve seguro de haberme equivocado. No podía haber ninguna mujer más bella que la modelo del minúsculo bailador de dos piezas. Era virtualmente imposible.

* * *

—¿Vivian Bloom ha dicho? —Sacudió la cabeza, sorprendida—. No, no recuerdo... En realidad, conozco muy poco a las chicas de esta empresa. Soy muy nueva en ella, señor Eastwood.

Fueron sus primeras palabras, en respuesta a mi pregunta. No me sentí defraudado. Esperaba algo así. Realmente, nadie parecía saber gran cosa de Vivian en su propio lugar de trabajo. Me pregunté si eso era cierto, o una simple táctica. Pero ¿por qué motivo? No parecía tener mucho sentido todo aquello.

—¿Cuánto lleva en London *Lady*? —indagué.

—Una semana —rió ella jovialmente—. Como modelo profesional, se entiende. Antes, estuve en una Academia de maniqués que tienen fuera de la ciudad. Un sitio maravilloso, pero terriblemente aburrido, donde se trabajan catorce horas al día, hasta que una se hace buena modelo... o se marcha aburrida a su casa.

—Usted se hizo modelo. Supongo que tiene condiciones para ello.

—Basta tener un buen tipo, saberse mover con un traje, por complicado o sencillo que éste sea, bien en bañador o en suntuoso traje de noche, de novia o cualquier otra cosa, y conocer los imprescindibles principios que diferencian a una maniquí de una mujer cualquiera. Esta empresa es muy exigente. El cursillo dura casi un mes. Pero pagan bien, atienden maravillosamente, y ofrecen un buen futuro. Por eso acepté seguir. ¿Complacido, señor Eastwood?

—Sí, gracias. No se moleste por mis preguntas. No trato de mezclarme en su vida; sólo pretendo encontrar a mi prometida.

—Ya me lo dijo antes. ¿Le dejó plantado?

—Algo parecido —convine, evasivo. La estudié, mientras caminaba a mi lado, con aquel taconeo suyo, rítmico y delicioso. Su cuerpo, con el minúsculo bañador de dos piezas, era una auténtica maravilla en movimiento. A veces, lo sentía tan cerca que me aturdía. Ella, en cambio, parecía tan distante y fría como si estuviera hablando con un viejo amigo de la infancia—. De todos modos, en una semana tuvo que verla, cambiar con ella alguna palabra... Si ha dejado realmente la empresa... tuvo que ser ayer mismo, me consta.

—Verá, señor Eastwood. Lamento defraudarle de nuevo, pero si su prometida era de las modelos especializadas de la casa, nosotras, las que cumplimos ahora el período de prácticas ante los clientes, tras haber pasado el cursillo previo, no coincidimos con las profesionales ya veteranas, puesto que se nos conceden diferentes horarios de exhibición, otras colecciones menos prestigiosas, y hasta un salón de desfile que no es nunca el de las primeras maniqués de la casa, ¿va comprendiendo? Ese trato diferente, se extiende en todos los terrenos, mientras estamos en nuestras horas de trabajo.

—Comprendo —me sentí desalentado—. Ha sido una pena. Gracias, de todos modos, señorita...

—Adams. Nyree Adams —sonrió ella amablemente, aunque hubiera jurado que sus ojos, entre pardos y verdosos, tenían una expresión fría y calculadora, al fijarse en mí, cuando se detuvo, impresionantemente alta, esbelta y hermosa, con aquella armonía de curvas espléndidas que era su cuerpo en bikini, justo ante una puerta cuyo rótulo era toda una despedida para mí. Leí en la placa:

«Vestuarios de maniquíes. Rigurosamente prohibida la entrada a toda persona ajena a la empresa». Ella me tendió su mano—. Bien, señor Eastwood, le deseo mucha suerte en su búsqueda. Pero si su prometida le ha dejado abandonado antes de contraer matrimonio, debe darle las gracias, en vez de pretender explicaciones. Hacer lo que ella ha hecho, una vez casados, sería infinitamente peor.

—Supongo que sí —suspiré—. En ese terreno, empiezo a resignarme. Pero hay cosas que aún deseo poner en claro, pese a todo.

—No acabo de entender a su prometida —mover la cabeza, de cabellos color caoba, la espléndida mujer que tenía ante mí—. Usted parece un buen muchacho... y es muy atractivo, la verdad.

—Muy amable —sonreí gravemente—. Lo peor no es que me haya abandonado, señorita Adams. Lo malo está en que ella... iba a asesinarme. De modo que ya no tengo más remedio que ir a la policía...

Estuve seguro de que la dejé virtualmente convertida en una estatua helada. Su mirada atónita me siguió a lo largo del amplio corredor de suelo espejeante, como si hubiera escuchado el acceso demencial de un chiflado. No me preocupé de añadir más. Ni tampoco de girar la cabeza hacia ella una sola vez, aunque con su figura y aquel bikini endiabrado, eso resultaba toda una tentación.

CAPÍTULO III

Era el último intento, sin embargo.

Todavía quería apurar la situación hasta el límite. La policía podía siempre esperar un poco más, siquiera una hora o dos. No sé por qué, Scotland Yard siempre me ha producido cierta alergia, aunque no tengo nada contra los simpáticos *bobbies* de nuestra gran ciudad, ni contra los sufridos policías de paisano que han dado prestigio mundial a la institución detectivesca de Victoria Embankment.

Lo cierto es que aún permanecía dentro del suntuoso y moderno edificio de New Bond Street a la altura de Piccadilly. London *Lady* había sido el lugar donde Vivian consumiera el mayor número de horas de cada jornada de su vida, en los últimos meses. Valía la pena intentarlo todo antes de convertir el extraño cúmulo de acontecimientos en una denuncia formal contra la que iba a ser mi esposa, sólo veinticuatro horas antes, sin una sombra de sospecha o de inquietud en el horizonte. De la noche a la mañana, todo había cambiado radicalmente en mi vida. Y quería suponer que también en la de ella misma...

Lady Joyce Langdon me dirigió una mirada capaz de fulminar a cualquiera, cuando me descubrió entre los clientes de su salón más selecto y prestigioso de exhibición de modelos, pero mantuvo su compostura solemne y altiva, sin descomponerla lo más mínimo. A pesar de todo, se quitó sus gafas de plateada montura, las limpió mecánicamente, pasando un fino pañuelo por sus cristales, y echó a andar a lo largo de la pasarela de exhibición, entre los demás espectadores del *show* matinal, creo que muy decidida a conminarme con energía, como invitación a que abandonara el local de modo definitivo.

En las ocasiones apuradas, siempre he tenido suerte. Debo admitir que ésta fue una de esas veces, o me hubiera visto de patitas en la calle, sin poder presenciar el desfile de las demás modelos profesionales, la élite de aquella empresa. Es decir, justo el grupo selecto en el que Vivian Bloom había estado incluida hasta entonces.

Me preguntaba aún si el interés de la dama que regentaba los diseños y exhibición de modelos era por su simple cariz profesional o por alejarme de toda pesquisa en torno a las compañeras de Vivian, cuando el pequeño milagro surgió, evitándome la violencia del choque directo con *lady* Joyce.

—¡Mark! ¡Pero si es Mark Eastwood en persona, Dios sea loado! ¡Hip, hip, arriba el West Ham United, muchacho!

—¡Hup, arriba el West Ham! —coreé, mecánicamente casi, evocando el viejo grito de guerra del campo donde tantas tardes de sábado intentara yo cooperar a la gloria futbolística de mi club, sobre el verde césped del querido estadio. Y me quedé contemplando a Glenn Yerby, que fuera una vez directivo, vicepresidente del club, y siempre furibundo «hincha», un gran *supporter* de nuestros colores.

Glenn Yerby. Un rico industrial londinense, un hombre con fortuna, negocios y prestigio en la City. Ahora debía vivir alejado del fútbol y de sus avatares. Pero no olvidaba a sus viejos amigos de West Ham. Me abrazó fuertemente. Estaba gordo, pesado y bastante más calvo. Eso me hizo sentirme un poco viejo, aunque él me llevaba casi treinta años. Pero recordar que la última vez que le viera, yo era un muchacho uniformado con los colores de nuestro club, no le hacía a uno sentirse optimista respecto a los años pasados.

Miré al asiento inmediato, esperando ver la elegancia sobria y aristocrática de la señora Yerby. Me llevé un chasco, porque me encontré con unas hermosas piernas cruzadas, un busto que quitaba la cabeza, y un rostro joven, estúpido pero atractivo, bajo una cabellera intensamente rubia. Yerby me guiñó el ojo, al tiempo que oprimía mi brazo.

—Viejo amigo, mi *esposa* y yo hemos venido a ver este desfile —me dijo, remarcando mucho aquella palabra concreta—. Ya sabes, los modelitos de temporada y todo eso...

—Sí, ya sé —le miré significativamente, y luego volví a otear las estupendas pantorrillas de su damisela. Además de ser una joven al menos veinte años menor que él, la tal «esposa» de Glenn Yerby era todo un espectáculo visual en cualquier lugar. Luego, traté de justificar mi presencia allí, en tanto que de soslayo advertía el brusco frenazo que *lady* Joyce Langdon había dado, al verme con uno de sus clientes más ricos y, por tanto, más escogidos—. ¿Ha

olvidado ya el fútbol, señor Yerby?

—Casi por completo, aunque hago quinielas y veo partidos por la televisión —rió, tocándose el corazón—. El médico me prohíbe las emociones fuertes.

—Entonces, no vea al West Ham —reí—. Sobre todo, este año [2]. Yo sigo el deporte todavía pero al margen del terreno de juego. Y no como entrenador precisamente...

—Lo sé. He oído algunas de tus crónicas por radio, y te he visto alguna vez en los programas deportivos de la BBC —sonrió Yerby—. Muchacho, sigues siendo el mismo. Aún me pareces en el momento de tirar aquel *penalty* contra el Chelsea, en el último minuto, con el campo invadido por la niebla y los contrarios zarandeando al árbitro... —soltó una carcajada—. Cielos, el caso es que marcaste el gol que nos clasificaba en la Copa de Inglaterra... Fue memorable, Mark. Siempre fuiste un tipo de cabeza muy serena.

—Tal vez era entonces —suspiré—. Uno cambia con los años. Ahora me he vuelto más impulsivo.

—¿Impulsivo? Es posible. Pero siempre con cerebro, muchacho, estoy seguro de ello —le palmeó jovialmente, añadiendo luego con un gesto de picardía—. Eh, ¿y qué hace todo un deportista aquí, entre mujeres? ¿Acaso vienes con tu esposa?

—No me he casado aún. Pero tiene algo que ver mi presencia aquí, con la que iba a ser mi futura esposa.

—¿Iba a serlo? ¿Ya no? —rió entre dientes Yerby, el magnate—. ¿Eso significa ruptura?

—Por su parte, al menos —dije, pensativo—. Era una modelo de London *Lady*, ¿comprende?

—Oh... —Silbó entre dientes—. Muchacho, eso es buen gusto. He visto durante muchas veces a esas muchachas en sus desfiles. Son algo grande. Elegantes, bonitas, buen tipo... ¿Por qué esa ruptura, entonces, si estás aquí ahora? ¿Has venido a reconciliarte? Si es así, siéntate con nosotros y presencia el desfile, Mark. Hablaremos de los viejos tiempos, entre tanto. Y te presentaré a... a Karin, mi... mi «esposa»...

Sonreí, aceptando su invitación. Más que nada por eludir la presencia amenazadora de *lady* Joyce Langdon. Ella, al advertir que me acomodaba con Yerby, mordió el labio inferior y se retiró discretamente entre unos cortinajes. Me acomodé entre el

millonario y otro caballero sentado en el asiento inmediato, en compañía de una dama pelirroja, muy elegante y sobria, pero posiblemente mayor que su acompañante masculino, cuando menos en unos diez o doce años.

Era curioso aquel lugar. Se veían cosas divertidas. El gordo, calvo y envejecido Glenn Yerby —cuya auténtica esposa sabía yo que se llamaba Hazel y era una gran dama de la alta sociedad inglesa—, escoltando a una jovencita equívoca pero llena de encantos físicos. Y a su lado, un elegante *playboy*, joven pero de cabello canoso —quizá no todo natural por completo—, sirviendo de acompañante a una dama mayor que él y, evidentemente, tan casada cómo podía estarlo la amiguita de Yerby... Al menos, casada con su *playboy*, me refiero. Por otro lado, yo hubiera jurado que era una dama con esposo... como hay tantas.

—Te presento a un buen amigo —introdujo Yerby a mi vecino de asiento, cortésmente—. Mark, él es Vincent Rhubard, un *sportman* rico y caprichoso. Vince, éste es Mark Eastwood, el mismo Eastwood que jugaba de medio lateral derecho en el West Ham, hace pocos años...

—Es un placer conocerle, Eastwood —me estrechó el canoso joven la mano, con una amplia sonrisa, blanca y estereotipada, en su rostro bronceado y deportivo—. Le vi muchos partidos desde las gradas. Y escucho sus comentarios actualmente. Yo también simpatizo con el West Ham. Ah, esta dama es Valerie Novak, una buena amiga...

Saludé a la mujer, y ella me contempló con una rara frialdad, como si le molestara mucho ser presentada a nadie. Su sonrisa de cortesía fue sólo eso: mera cortesía, con unos ojos que no sonreían lo más mínimo.

—Bueno, Mark, ya me dirás quién de esas preciosidades es tu prometida —susurró Yerby, al comenzar el desfile de bellezas por la pasarela.

—Lo siento, señor Yerby —respondí—. No va a verla hoy ahí. Es rubia, alta y de ojos azules. Se llama Vivian Bloom. Pero ya no está en esta empresa. Se fue. Ha desaparecido.

—¿Cómo? —Me miró asombrado, pensando si me estaba burlando de él—. Eh, Mark, muchacho, ¿qué galimatías es ése? Si sabes que no va a pasar ante nosotros, que no está aquí, ¿por qué estás en

London *Lady* ahora?

—Porque busco una extraña verdad, señor Yerby —respiré con fuerza—. Quiero saber por qué ha desaparecido... y por qué alguien había ordenado a mi prometida mi propia muerte...

Ahora sí. Me miró como si yo estuviera rematadamente loco. A mi lado, el guapo *playboy* de grises cabellos y viril rostro bronceado, expresó su perplejidad al oír mis palabras, mirándome con verdadero asombro, aunque inmediatamente, un comentario de su compañera, sobre un determinado modelo en la pasarela, desvió su atención de nosotros.

—Cielos, Mark, eso es todo un lío —masculló el millonario, abriendo mucho sus ojos, vivos y penetrantes, de auténtico aguilucho de la Bolsa y de los negocios—. ¿Qué esperas saber, si ella no está? Además, todo eso será una broma, naturalmente...

—No, no es una broma —dije con cierta acritud. Miré a las dos nuevas maniqués que emergían de las cortinas rojas del fondo, para iniciar su recorrido por la pasarela. Me erguí, al reconocer a una esbelta muchacha de aspecto nórdico, de cabellos claros, de un rubio pajizo, natural, y enormes ojos de un azul pálido y tranquilo.

Recordé a aquella muchacha. Un par de veces salió de London *Lady*, charlando con Vivian, cuando yo la esperaba dentro de mi coche. Era algo flaca y demasiado alta, pero no resultaba difícil de recordar. La voz de *lady* Joyce Langdon, presentando a sus «muchachas», recitó en ese momento:

—Y ahora, nuestra bella y nórdica modelo, Greta Usen, les presenta a ustedes nuestra nueva creación exclusiva para la temporada de primavera, *Aurora Boreal Rosa y Oro*, para que ustedes aprecien bien los exquisitos matices de sus tonos y del diseño renovador que...

No escuchaba nada de lo que ella decía técnicamente ahora. No me importaban en absoluto las excelencias de aquel modelito rosado y oro, sino la muchacha que lo lucía: Greta Ilsen, la nórdica compañera de Vivian. Ella quizá supiera algo de su amiga... y de la extraña despedida que hiciera de la empresa.

Seguí con la mirada a Greta. Era raro, pero sentí una sensación cosquilleante en mi nuca, y giré la cabeza. Atrás, al fondo de las sillas alineadas a ambos lados de la pasarela, un hombre, o lo que fuese, clavaba sus ojos desagradablemente en mí, bajo sus párpados

ridículamente maquillados.

Era Robin Blackwell, el gerente y jefe de personal de London Lady...

* * *

Miré mi reloj. Ya había rebasado la manecilla el mediodía. Y había contado exactamente hasta siete muchachas. Siete maniqués. Siete especialistas, como las llamaba *lady* Joyce Langdon, y como corroborara la sensacional Nyree Adams, del grupo de las recién iniciadas en la profesión.

Yo había contado hasta ocho en el desfile de modelos. Sólo faltaba una: precisamente aquélla a quien yo esperaba, dentro de mi automóvil, pegado a la amplia acera de New Bond Street. Greta Ilsen, la nórdica. Pasó el tiempo...

Las puertas del edificio iban a cerrarse ya. Impaciente, volví a mirar mi reloj. Ya señalaba las doce y veinte minutos. Irritado, abrí la portezuela, disponiéndome a ir otra vez al interior del edificio donde yo presentía la existencia de un indicio, por leve que fuese, capaz de conducirme a Vivian y a su extraño, increíble comportamiento de las últimas horas, junto con la fotografía sorprendente, impresa como lo haría una computadora o un emisor de telefotos, con aquel siniestro texto que, en absoluto parecía indicar una broma.

De pronto, las grandes puertas encristaladas, color caramelo, se abrieron. Greta Ilsen salió a la calle en ese instante. Me moví rápido hacia ella.

—Señorita Ilsen, por favor, la esperaba —hablé con premura, mientras ella se detenía, mirándome con extrañeza—. Quiero hablarle de una compañera suya, de Vivian Bloom...

Clavó en mí sus celestes ojos nórdicos, asombrada, sin parecer entender bien todo aquello. Ya estaba casi a su lado cuando ocurrió lo imprevisible. Cuando menos, yo no pude preverlo. No entonces. Confieso que fui sorprendido estúpidamente.

Detrás del «Austin» rojo que yo conducía, estaba detenido un oscuro «Bentley». Delante, un «Aston Martin» deslumbrante, deportivo, digno de James Bond. No sé de dónde salieron ellos. Posiblemente

de ambos, porque confluyeron en mí. Uno se plantó delante, cerrándome el paso hacia la muchacha escandinava. El otro, se pegó a mis espaldas, y noté algo duro y rígido en mi espalda, oprimiendo mis costillas. Parecía tener forma cilíndrica y me oprimió con rudeza.

—Vamos, amigo, fuera de ahí —silabeó una voz junto a mi oído—. No querrá morir aquí mismo violentamente, ¿verdad? Venga, venga, síganos. Finja que no sucede nada, muchacho. Será lo mejor que pueda hacer, si quiere conservar el pellejo...

Me dejé arrastrar entre ambos hacia uno de los automóviles, posiblemente el amplio y moderno «Aston Martin». De modo borroso, sobre el hombro de mi raptor situado ante mí, capté la expresión de sorpresa y de angustia de Greta Ilsen. Quise decirle algo, expresarle cualquier cosa con un gesto, pero no me fue posible.

El tipo de atrás apuntaba con firmeza a mi espalda. El de delante, me empujaba, como si fuese un ebrio, un enfermo o un amigo obstinado. Creo que la gente que nos rodeaba, en pleno New Bond, no nos prestaba la menor atención. Quizá todo parecía normal. O quizá la gente se ha deshumanizado hasta el punto de que no hace el menor caso al prójimo en apuros, e incluso acelera el paso cuando ve a alguien en problemas que atañen a toda la sociedad. A veces, el mundo es así, mal que nos pese.

—¿Qué significa esto? —demandé con acritud, tratando de resistirme a sus empujes—. ¿Por qué me atacan?

—No se oponga a nada, señor —me avisó el tipo de delante, un hombre joven, fornido y pelirrojo, de ojos grises y aire abstraído. Igual podía ser un cantante *pop* que un asesino a sueldo. Hoy en día, unos y otros no se diferencian demasiado. El insistió—: No se oponga, y saldrá con bien de esto. Se trata sólo de un amistoso paseo en coche. No tiene nada que temer, mientras no grite o escandalice... o trate de huir.

No me era posible abordar a la nórdica. Tampoco avisarle de nada, aunque ella parecía advertir algo anormal y quizá peligroso en la situación. Súbitamente, mi cerebro pareció reproducir una placa fotográfica, situándola en negativo nítido ante los ojos de mi mente: «Mark Eastwood. Muerte inmediata. Ejecute sentencia».

Muerte... Sentencia... De nuevo aquella inexplicable, rara sensación

de que todo podía tener algo que ver con la casa de modas, con la profesión de Vivian, con la singular gente a la que ella trataba cada día en London *Lady*.

Greta Usen, la puerta del edificio, aquellos hombres... Un coche, un viaje por Londres, un arma de fuego contra mi espalda, su afán por quitarme de allí en pleno mediodía, en mitad del tránsito bullicioso y abundante...

Reaccioné. Violentamente. No podía ser de otro modo. No quería morir. Y si había de suceder eso, que ocurriera allí, a plena luz, viéndoles la gente, no en el interior de un vehículo a toda marcha por cualquier desolado suburbio...

Fue todo muy rápido. A fin de cuentas, uno mantiene su forma física. Hace gimnasia, ejercicios... Y he sido futbolista. Todo eso sirve, por reflejos y por potencia muscular, a la hora de jugárselo todo a una caria.

Me lo jugué, claro. Pero valía la pena. Sabía que, de otro modo, no volvería a salir vivo de aquel «paseo» en automóvil...

Eché mis brazos atrás, aferré a mi agresor a mis espaldas, y tomé impulso, disparando mis piernas contra el de delante, sintiendo que mis manos sujetaban el cuello del otro atacante con férreas manos crispadas.

Luego, mientras el pelirrojo saltaba atrás, impulsado por mi formidable impacto de ambas piernas, hice una complicada llave al enemigo de mis espaldas. Rodamos ambos por el asfalto y sentí una dura imprecación con acento galés. Luego, un arma pavonada, negra, con silenciador, se alejó dando golpetazos sobre la acera, perdida por la mano de su propietario. Éste pugnó por zafarse de mí. Le pegué un cabezazo brutal, y luego hice girar todo mi cuerpo, lanzándole un doble puntapié al rostro. La sangre escapó de su nariz golpeada. Aulló, jurando furiosamente. Trató de recuperar su arma, pero lo impedí. El pelirrojo escapaba ya a la carrera, doblando la esquina inmediata. Me incorporé para atacar de nuevo al que todavía yacía en el suelo. Éste, sin pérdida de tiempo, soltó un hosco juramento y reptó, alejándose veloz hacia atrás. Luego, incorporándose a medias, logró escapar de modo definitivo, con una colérica mirada de odio hacia mí. Le vi perderse por la otra esquina, con el perfecto aire de una comadreja medrosa. Me quedé solo en la amplia acera. Busqué con la mirada a la rubia Greta Ilsen, mientras

recogía el arma provista de negro cilindro silenciador.

Me llevé un chasco mayúsculo. Estaba solo en la amplia acera de New Bond Street. Solo, con unos cuantos curiosos e indiferentes ciudadanos londinenses, que me contemplaban con la misma expresión con que mirarían a un programa de televisión en diferido. De Greta Ilse, ni el menor rastro. Era como si el gris asfalto húmedo de Londres la hubiese engullido de repente.

CAPÍTULO IV

Me estaba contemplando atentamente, en completo silencio.

Era un hombre no muy alto, no muy fuerte. Pero parecía de mayor estatura y de más considerable fortaleza, pese a todo. Era una impresión quizá óptica o psicológica, no sé. Tenía el rostro ancho, la nariz aguileña, los ojos estrechos, grises y meditativos, y una especie de mezcla de bonachona indolencia y aguda astucia siempre latente.

Vestía de gris, correctamente, pero sin elegancia ni alardes. No era tampoco un hombre descuidado o vulgar. Había algo magnético y singular en él. Me hubiera gustado saber lo que era.

—¿Es una denuncia formal, señor Eastwood? —me preguntó por fin.

Estuve callado, mirándole mientras reflexionaba. No sabía qué pensar. Al fin, me encogí de hombros y exhalé un suspiro profundo.

—No sé —sacudí la cabeza—. No sé, inspector Jameson. No entiendo muy bien lo que está pasando, si he de serle sincero.

El no hizo ningún comentario de modo inmediato. Parecía reflexionar sobre algo indeterminado. Su mandíbula colgaba débilmente. Estudió su rótulo sobre la mesa despacho:

INSPECTOR EDGAR JAMESON

Tras aquella pausa, oí su voz calmosa, apacible:

—Está formulando una serie de hechos muy graves: intento de asesinato, agresión callejera, desaparición de dos mujeres... Una de ellas, su propia novia, la que iba a ser su mujer...

—Lo ha expuesto de un modo muy concreto, inspector.

—En resumen, es así. Lo adorne como quiera, es lo que ha ocurrido, señor Eastwood. O lo que usted pretende que ha ocurrido, cuando menos.

—¿Duda de mi palabra? —Me irrité.

—No, por Dios —hizo un ademán apático con su mano—. Señor Eastwood, esa fotografía suya, ¿qué dice que le recordó?

—Una imagen de las que publica la prensa a veces, o emite la

televisión. Una telefoto.

—¿Por qué?

—Por las líneas horizontales que formaban la fotografía. Fue solo una impresión, ya se lo digo.

—¿Qué dimensiones tenía, aproximadamente?

—Quizá unas diez pulgadas de ancho por catorce o quince de largo. En papel de brillo, como si fuese de una agencia de prensa.

—¿No cree que pudiera ser una broma?

—¿Broma? —Sacudí negativamente la cabeza—. No, no. Era un texto concreto, casi telegráfico. Y un aspa negra, sobre la fotografía. Además, apenas intuyó que había visto yo algo, se ausentó, llevándose todo. No era cierto que hubiera acudido a ningún desfile de modelos. Tampoco creo que sea verdad que se despidió de su empresa.

—Si decidió ausentarse, eso parece confirmar que sí se despidió, ¿no cree? —me sugirió gravemente el policía.

—En apariencia, sí. Pero son dos cuestiones diferentes.

—¿Diferentes? —Se inclinó sobre la mesa—. ¿En qué sentido?

—No sé explicárselo, inspector —suspíré—. Supongo que eso es cuestión de la policía. Mi informe es el que le he dado: algo le ocurre a Vivian Bloom. Pero no es sólo eso: por alguna razón, ella tenía una orden de ejecución contra mí. Y desapareció al saber que yo podía conocer su existencia. También su única compañera a quien yo conocía, la nórdica Greta Ilsen, desapareció ante mis propios ojos, mientras era atacado. Ahí tiene usted la mejor prueba que puedo ofrecer: un arma con silenciador, la que sirvió para amenazarme en pleno New Bond.

—Sí, sí, entiendo eso —el policía se tocó la comisura de los labios con la extremidad de su dedo índice—. Señor Eastwood, ¿tiene usted enemigos?

—¿Enemigos? —Enarqué las cejas—. Cielos, no. Nunca creí tenerlos, a menos que algún *supporter* de un equipo rival me guarde rencor durante años.

—No, no es una teoría factible —rió entre dientes el inspector Jameson—. ¿Es soltero o casado?

—Divorciado —sonreí tristemente—. Hubo un matrimonio fracasado. Nos separamos amistosamente. No creo que sea tampoco enemiga mía. Julie no era mala chica. Además, ni siquiera puede

heredarme. No tengo fortuna personal. Y nuestra separación es absoluta. Sin posible sucesión legal en nada. Es algo que pasó. A veces nos vemos. Somos excelentes amigos. Y es todo.

—Dejemos eso. ¿Enemistades capaces de... desear su muerte?

—No.

—¿Intereses económicos por medio?

—Tampoco. Ya le dije que sólo dispongo de lo que gano en televisión. La BBC no es tan generosa como la gente supone.

—¿Acaso... algún problema sentimental? ¿Una amante, un hombre celoso por medio...? —Había una ironía maliciosa en el tono insinuante del inspector Jameson, sin que sus ojillos astutos se desviaran de mí.

—Sé por dónde va, inspector. No, no hay secretos de alcoba en mi vida. No me gustan los triángulos. Cuando me atrae una chica, es soltera, viuda o divorciada, nunca de otro tipo —reí irónicamente—. Por ese lado, tampoco creo que haya problemas.

—Entonces, no lo entiendo. Según eso... *nadie* tiene motivo para desear su muerte, señor Eastwood.

—Cierto. Nadie —asentí.

—¿Ni un familiar siquiera?

—No tengo familia. Tampoco por ese lado habría enemistades ni ambiciones.

—Señor Eastwood, ¿cree que no ha cometido un error de apreciación, pese a todo?

—Pudiera ser. Pero ¿dónde está, entonces, mi prometida? ¿Dónde Greta Usen? ¿Por qué he sido atacado en la calle violentamente?

—Se investigará todo eso, no lo dude —suspiró el policía—. Señor Eastwood, ¿se da cuenta de que, por lo que me ha contado, pudieron haberle matado en plena calle, por resistirse violentamente a sus captores?

—Claro. Pero sabía que no me matarían allí.

—¿De veras? —Su gesto reveló profundo interés—. ¿Por qué estaba tan seguro de algo tan arriesgado?

—Porque si ellos me atacaron para que no abordase a Greta, es porque intentaban evitar que hablase de Vivian con esa joven nórdica. En cuyo caso están relacionados con la desaparición de mi prometida. Si ella ha huido o se ha ocultado por causa de ese extraño mensaje que descubrí en su apartamento, parece evidente

que no quieren matarme de un modo abierto y concreto. Prefieren evitar el asesinato descarado. Sus motivos, los ignoro. Pero mi muerte en la calle, no les debía beneficiar gran cosa. Y no lo intentaron siquiera, aunque estoy seguro de que sí lo hubieran llevado a cabo de algún modo, una vez teniéndome en su poder, lejos de las zonas céntricas de la ciudad.

—Le felicito, señor Eastwood —sonrió gravemente el inspector Jameson, echándose atrás con aire beatífico—. Usted parece un genio de la deducción. ¿Ha leído a *sir* Arthur Conan Doyle? [3]

—Muchas veces —reí, divertido—. Pero no he pretendido emularle jamás.

—Pues lo parece, amigo mío. Acaba usted de darme toda una lección de método deductivo. Su denuncia, o su informe confidencial, a modo personal, es un perfecto ejemplo de ello. Yo no hubiera llegado mejor a conclusiones más lógicas, mi querido señor Eastwood.

—¿Eso es un elogio, inspector?

—Tómelo como quiera. Personalmente, consideraría un elogio que me llamasen un buen practicante de métodos deductivos. La acción no lo es todo. El cerebro debe desarrollar una serie de conclusiones, para llegar a una verdad final, ocurra lo que ocurra. Pero dejando todo eso aparte, señor Eastwood, ¿qué elige? ¿Una denuncia formal... o sólo una petición a título previo, para que investiguemos los hechos?

—Lo dejo a su elección, inspector —dije, incorporándome—. Le he expuesto unos hechos. Si quiere tramitarlos oficialmente, firmaré cuanto haga falta. Si no, atenderé su consejo. Usted es el policía. Yo sólo vine a exponerle algo que no entiendo, que me preocupa... y hasta me asusta. Más por otros que por mí mismo.

—¿Olvida que es *usted el* amenazado?

—Y Vivian es la desaparecida, inspector. Mi prometida.

—Su prometida... tenía consigo el mensaje que implicaba su sentencia de muerte.

—Cierto —le miré, pensativo—. Pero eso es lo que no entiende. Vivian no es una mujer capaz de matarme. Algo sucede. No sé lo que ello pueda ser, pero... no la imagino como mi asesina. Es decir, sí he llegado a ver cómo me asesinaba... pero era sólo una pesadilla. Una absurda y necia pesadilla... Algo se esconde en todo

eso. Algo que puede destruirme a mí, es cierto. Pero también a Vivian. No sabría decirle lo que es. Eso entra en su propio terreno, inspector Jameson. Trate usted de encontrarlo... si está de verdad en alguna parte.

—Estará, no lo dude. Si existe lo que usted dice, tiene que hallarse en algún sitio. Lo buscaremos. De momento, oficiosamente. Si las cosas se complican, o usted cambia de idea, tomará todo carácter oficial, no lo dude...

—Gracias, inspector. En usted confío —sonreí, tendiéndole cordialmente mi mano—. Yo debo marcharme ya. Se supone que son los deportes los que llenan mi vida... aunque eso no sea ahora enteramente cierto, por desgracia para todos...

Abandoné su despacho. Y también New Scotland Yard.

Esa misma tarde, preparé mi comentario habitual en el programa de noche de la BBC. Cuando se puso en antena, aún no sabía que las cosas hubieran podido cambiar en algún sentido.

Fue después de terminado mi espacio televisado, cuando el comentarista de noticias empezó su boletín de noticias nacionales ante las cámaras. Ya recogía mis apuntes, para encaminarme a la salida de los estudios de TV de la BBC, cuando capté su comentario, siempre dicho con ese tono, entre trivial y mecánico, que cualquier informador de los medios audiovisuales utiliza normalmente para dirigirse a su público:

—«... A última hora, señoras y señores, nos llega la penosa noticia de que el magnate de las finanzas, el rico industrial y hombre de empresa Glenn Yerby, ha encontrado trágicamente la muerte en un desgraciado accidente de avioneta, esta tarde, sobrevolando Reading. Las avionetas deportivas era una de las grandes aficiones de Glenn Yerby, hombre que vivió toda su existencia vinculado al deporte, desde sus tiempos de directivo del West Ham United, hasta hoy día, en que por desgracia tenemos que informar del triste suceso en el que perdió su vida...».

Me quedé parado en seco. Giré la cabeza, creyendo que había oído mal. Pero no era así. En el monitor, ahora, la fotografía del hombre grueso, calvo y saludable, el mismo con el que compartiera aquella misma mañana el desfile de modelos de la London *Lady*, completaba la información.

Glenn Yerby había muerto. En un accidente mortal, en su avioneta

privada. Pero yo no podía dejar de pensar en el hecho frío y escueto de su muerte. Recordé de modo vago un comentario final del inspector Jameson, en su despacho de Scotland Yard, aquel mismo día:

«Si las cosas se complican, o usted cambia de idea, tomará todo carácter oficial...».

¿Se habían complicado realmente las cosas, con la inesperada muerte de Glenn Yerby, un hombre que también tuvo contacto inmediato con la extraña casa de modas de New Bond Street?

Por un momento, tuve el desagradable presentimiento de que así era. De algún modo, la muerte se relacionaba muy directamente con London *Lady* y sus maniqués hermosos y enigmáticos.

Una de ellas, había desaparecido justo ante mis ojos, tras impedir dos rufianes agresivos que pudiera darle alcance. Otra, mi propia novia, se había evaporado también, después de aparecer relacionada concuna fantástica sentencia de muerte sobre mi persona.

Ahora, un cliente de la casa encontraba la muerte a bordo de un avión, en accidente súbito. No quería ser un Sherlock Holmes, como hiciera notar sarcásticamente el inspector Jameson, pero... ¿era *accidente*, en realidad?

¿O también el retrato de Glenn Yerby estaba en alguna parte, con el aspa negra y la frase telegráfica que marcaba su sentencia de muerte?

* * *

Me detuve en la puerta, pensativo.

No era una escena agradable. La muerte nunca lo es. Quizá quien menos se preocupe de su tremenda solemnidad sea el propio muerto. Glenn Yerby siempre había sido un tipo jovial. Y seguía siéndolo, sin duda, hasta el mismo día de su final en las nubes. Bastaba recordar la belleza exuberante y superficial de Karin, su bonita compañera de turno. De repente, todo eso se había roto.

Había allí viejos amigos del West Ham United: directivos, jugadores, incluso empleados del club. También financieros, gente importante de la ciudad. La vida de Yerby había sido intensa en

todos los órdenes.

Contemplé el túmulo funerario. Los restos de Yerby eran virtualmente irreconocibles. Yo me pregunto muchas veces si merece realmente la pena poner en un féretro un montón de despojos humanos abrasados, y decir que «eso» es un cadáver concreto. Piadosamente, se había puesto la tapa del féretro, con un visor de vidrio. Por esa rara circunstancia que a veces se da, su cara era lo menos dañado. Pero estaba ennegrecida, hinchada e informe, aunque vagamente recordase la que todos conocíamos. Era todo lo que se podía ver por el rectángulo encristalado del sarcófago suntuoso.

Vi a Hazel Yerby. Me acerqué a ella. La conocía vagamente. Le di mi condolencia. Vi su mirada, y pensé que me reconocía de un modo distraído, en plena abstracción. Era toda una dama. Si sufría, lo sabía disimular con estoicismo, con serenidad casi desafiante. Era alta, de cabellos oscuros, de ojos color de avellana y rostro delgado y pálido. Vestía severamente de negro, como se viste siempre en los funerales.

—Lo siento de verdad —murmuré—. Animo, señora...

—Gracias —musitó—. Muchas gracias...

Me alejé. Algo más lejos, sorprendido, descubrí al joven *playboy* prematuramente canoso. Hablaba con unos caballeros con aire de grandes magnates de las finanzas. Traté de recordar su nombre. Rhubard, eso era. Vincent Rhubard...

Pasé por su lado. Me sorprendió el roce firme de una mano en mi hombro.

—Buenas noches, señor Eastwood. Terrible, ¿no?

Giré la cabeza. Era Rhubard. Parecía más pálido que en el desfile de modelos. Bajo su tez bronceada, mostraba los efectos de la impresión. Vestía americana azul, con botones *beige*, como su pantalón. Parecía un capitán de barco o un *yatchman*. Impresionaba su aire de firmeza y seguridad, en medio de tanta incertidumbre dolorida.

—Terrible —convine, observándole—. ¿Eran amigos?

—Casi —se encogió de hombros—. La amistad es algo trascendente. No llegué a tanto con Yerby. Pero era un gran tipo. Para ella habrá sido un rudo golpe, sin duda...

—Sin duda —admití, mirando de soslayo a Hazel, que atendía a los

pésames de ritual—. Pero lo soporta bien...

—¿Hazel? —Una leve risa escapó entre los labios de Rhubard—. Oh, no me refería a ella, Eastwood, sino a... *la otra*.

—¿La otra? —Le miré, enarcando las cejas—. ¿La muñequita rubia de esta mañana?

—La misma. Karin Winslow. Ella sí lo sufrirá en toda su intensidad, seguro.

—¿Por qué dice eso? Las amantes tienen fácil solución: buscar otro mirlo blanco, Rhubard.

—No lo crea. Karin es superficial. Una pobre chica. Pero tiene sus sentimientos. Creía de verdad en el amor de Glenn, me consta. Esperaba el... el divorcio.

—¿Divorcio?

—Todo Londres lo sabe. La situación era irresistible. Iban a separarse Hazel y él. Ahora, todo eso carece de importancia. Ya nadie quitará a esa dama sus derechos.

—¿Derechos? ¿Qué derechos?

—Todos: la viudedad de la señora Yerby, la herencia... Se dice que Glenn iba a desheredarla totalmente, aun antes de la separación. Todo para Karin. Y para el niño...

—¿Un niño?

—Hijo de ambos. De pocos meses. Lo reconoció como propio fuera de Inglaterra. Todo un lío. —Vincent Rhubard sonrió, encogiéndose de hombros—. Así era él. De todos modos, su muerte lo altera todo. Ni niño, ni Karin, ni nadie. Ella puede impugnar toda alteración testamentaria. Es única heredera de su fortuna.

—Comprendo —miré pensativo a la viuda desconsolada pero fría y cerebral—. Se chismorrea mucho en las altas esferas, ¿no, Rhubard?

—Bastante más que en los mentideros del fútbol, puedo asegurárselo —rió de buena gana el joven *playboy*. Confidencialmente, se inclinó hacia mí—. Yo mismo estoy en boca de todo el mundo.

—¿Usted? ¿Por qué? ¿También existe una señora Rhubard?

—No. Pero existe un señor Novak, ¿comprende?

—Sí, comprendo.

—Valerie, mi... mi buena amiga, tiene a su esposo, Cyril. Es un hombre difícil. Quiere complicarnos a ambos. Sobre todo, a mí. Me odia ferozmente, Eastwood. Creo que sería capaz de matarme... si

tuviera el más mínimo valor para ello.

—¿No lo tiene?

—No, en absoluto —soltó una carcajada despectiva—. Estoy tranquilo por ese lado. Nunca me causará ningún daño. Es demasiado cobarde para ello...

—No se fíe —avisé—. No se fíe de los cobardes, Rhubard. A veces, tienen quien lo haga por ellos...

Me alejé, sin explicarle más. A fin de cuentas, eran sólo divagaciones mías, sin ningún fundamento ni base. Pero estuve seguro de que, a mi espalda, Vincent Rhubard, el hombre todo superficialidad e intrascendencia, me seguía con mirada llena de preocupación e incertidumbre.

Yo, por mi parte, seguía pensando en Yerby. Y en su esposa Hazel.

Pero, sobre todo, en una muñequita rubia llamada Karin Winslow...

CAPÍTULO V

Clavé mis ojos en el indicador de la puerta:

KARIN WINSLOW

No había sido difícil dar con ella. Una vez sabidos nombre y apellidos, hasta en Londres era uno capaz de localizar a una persona, especialmente cuando se sabía de ella que era del sexo femenino, que era joven, bonita, con un cuerpo impresionante, una cabellera muy rubia, y unas amistades como la de Glenn Yerby.

El conserje no puso objeciones a que subiera, cuando le dije que venía de parte del señor Yerby, y que era urgente y confidencial el asunto. Se limitó a guardarse mi propina, y dejarme llegar a la planta quinta del moderno edificio de apartamentos.

Eran pisos realmente suntuosos, de elevadísimo alquiler sin duda alguna. Pulsé el timbre, y tintineó musicalmente un llamador eléctrico en el interior. Esperé a que alguien me abriera la puerta.

La espera se prolongó un poco. Sólo unos momentos, pero pensé que era una eternidad. Llamé otra vez. El resultado fue exactamente el mismo.

Impaciente, repetí dos o tres veces más la llamada. No contestó nadie. El conserje de noche me había dicho que ella estaba siempre arriba a esas horas, y que no habría problemas para ser recibido, viniendo de parte del señor Yerby.

Por las trazas, el conserje estaba equivocado. Ni acudían a franquearme la entrada, ni parecía tener la menor importancia que fuese portador de un supuesto mensaje de Glenn Yerby. Ignoraba si, mientras subía a la quinta planta, el conserje informó a la muchacha, y ella entró en sospechas, negándose a abrirme. Lo cierto es que no me franqueaban el paso, ni tan siquiera daba ella señales de presencia en su piso.

Me dispuse a salir del edificio, con la sensación de mi fracaso. Pero quise probar por última vez. Y pulsé con mayor fuerza el timbre.

Mientras repiqueteaba el tintineo melódico en la distancia, la hoja de madera, fuerte y lustrosa, cedió a mi impulso. Esta vez había

puesto más ímpetu en ello, y la puerta se abría con un leve chasquido de pestillo mal encajado.

El paso estaba franco. Adentro, vi brillar la luz tenue de alguna lámpara. Eso contribuía a confirmar lo que dijera el conserje: «La señorita Winslow siempre está arriba a estas horas. Esta noche no la he visto salir...».

Dudé. Luego, tomé una decisión. Fuese lo que fuera, debía comprobarlo sin lugar a dudas. Ya que ella no contestaba, yo aprovecharía el incidente de la puerta mal encajada. Entraría en el apartamento. Y entré.

Avancé hacia la luz que brillaba en un *living* amplio y confortable. Mis pies pisaban una espesa moqueta azul, suave y esponjosa, que ahogaba el rumor de mis pasos. Oí vagamente un tenue sonido musical. En alguna parte, una radio o un tocadiscos emitía una melodía bailable. Pero eso era todo. Aparte la claridad y el sonido, no había otras señales de vida en el apartamento.

Un paso, otro, otro... Me fui aproximando a aquel *living* cuyo confort, evidentemente, era digno de una mujer que tuviera «amistad» más o menos íntima con un hombre como Glenn Yerby. Me detuve en el umbral, mirando cuanto me ofrecía aquel salón.

Lámparas de luz tamizada, paredes tapizadas, asientos de cuero claro, muebles de último modelo, macetones de plantas exóticas, moqueta rojo escarlata, grabados en dorado ocre, un bar amplio y suavemente iluminado por la luz de la única lámpara encendida... Vi un alto vaso de combinado, aún con residuos de hielo en el fondo. Y cigarrillos aplastados en un cenicero abstracto, de vidrio de color. Y revistas ilustradas, entre ellas algunas de tipo atrevidamente erótico. En un rincón, un estéreo-casette emitía música de cuerda para bailar, muy suavemente.

Las vidrieras de la puerta balcón aparecían abiertas a medias. El aire húmedo de la noche, agitaba las cortinas color *beige* apagado. Más allá, Londres era una especie de amontonamiento de joyas fulgurantes, hundidas en una neblina gris. En algún sitio, un receptor de televisión transmitía en diferido un partido de fútbol, acaso grabado por un caprichoso aficionado en una video-casette.

Miré a mí alrededor. Todo parecía quieto, en orden. Pero no vi a nadie. Llamé con voz segura, muy firme:

—¡Karin, Karin...! ¿Dónde anda usted metida, Karin Winslow? He

venido a verla. Deseo hablar con usted sobre Glenn Yerby...

Karin no respondió. No había rastro de ella. Ni luces en ninguna otra estancia. Me moví hacia el cercano cuarto de aseo. Di las luces. Nadie. Luego, fui a otro gabinete, que resultó ser una pequeña biblioteca. Tampoco había persona alguna.

Finalmente, asomé a otra puerta. Encontré a tientas un interruptor de luz. Lo presioné. Brilló una claridad difusa, azulada. Vi un lecho, un suelo de moqueta verde, una mesilla de noche.

Y un cuerpo.

Un cuerpo de rubia cabellera teñida. Un cuerpo inmóvil, tendido en el lecho. Lancé una imprecación. Corrí hacia allá. Me precipité sobre aquella figura de mujer, semidesnuda, tendida diagonalmente sobre la colcha color esmeralda.

Toqué su mano. Estaba helada. Su brazo. Helado. Subí la mano, frenética. Rocé sus sienes, sus mejillas, su cuello. Helado todo.

Busqué su pulso en vano. No lo encontré.

Estaba muerta.

Muerta.

Miré a la mesilla. El frasco estaba abierto, volcado. Las cápsulas habían caído, desparramándose por doquier. En la moqueta, en el lecho... La mano misma de ella aún sujetaba dos o tres cápsulas, con la gelatina blanda, aplastada... Granos de colores diminutos eran visibles dentro de los cartuchos de color transparente.

Leí de modo fugaz la etiqueta del frasco de medicamento. Una palabra saltó, vivida, ante mis ojos: «BARBITURICO». Y otra: «SOMNIFERO»...

Luego, miré tristemente a Karin Winslow. Sacudí la cabeza.

—Pobre muchacha —murmuré—. ¿Por qué? ¿Porqué...?

Y caminé hacia el teléfono, verde y moderno de línea. Desde allí llamé al inspector Jameson, de Scotland Yard...

* * *

Incluso de día, la Morgue era un sitio frío, inhóspito y estremecedor. Me sentí mejor fuera de aquel lugar. Pero era como si algo de su frío mortal se hubiera quedado adherido a mi piel, provocándome un escalofrío. Por primera vez, hasta la neblina matinal de Londres me resultó agradable cuando el inspector

Jameson y yo caminamos hacia su coche oficial.

Ambos íbamos cabizbajos, sin cambiar siquiera un comentario. Creo que tan abstraído iba él como yo. De repente, fue el inspector quien rompió el silencio:

—Y bien, ¿qué le parece lo ocurrido desde nuestra última charla, Eastwood?

Dudé, parándome en seco en la acera. Le miré. Me miró. Pensé que ambos estábamos igualmente desorientados. Y también inquietos.

—No sé —me encogí de hombros—. Han muerto dos personas...

—Sí, han muerto dos personas —admitió—. Un accidente, y un suicidio. O quizá dos accidentes. Muchas personas toman hoy día barbitúricos para conciliar el sueño. Especialmente, cierta clase de gente dada al alcohol y a una vida desordenada. Un exceso de dosis puede ser mortal. Todos los indicios prueban que fue eso lo que le sucedió a Karin Winslow.

—Pudo hacerlo intencionadamente, ¿no?

—Claro. Esas cosas no acostumbran a aclararse nunca. Una persona, en plena crisis o depresión, sobrepasa la dosis normal. Es una locura, pero lo hacen. Quizá luego se arrepienten de lo hecho, y ya es tarde.

—¿Cree que eso es lo que pasó?

—Pudo serlo. Tiene todas las trazas de un suicidio. La chica tenía un televisor portátil en el piso. Debió escuchar la noticia de la muerte de su protector y amigo. Desesperada, al verlo todo perdido, se mató. O quiso dormir. Ésa es la gran duda que queda siempre, y que ni siquiera la autopsia puede esclarecer. Lo que un forense no logrará nunca, es saber lo que pensaba la víctima antes de morir, Eastwood...

No comenté nada. Habíamos llegado al coche oficial. De pronto, puse una mano sobre la capota del vehículo y me volví a Jameson.

—Inspector, son *demasiadas* muertes —dije de repente.

—¿Demasiadas? —me contempló perplejo, haciendo con sus cejas hirsutas un doble arco interrogante—. ¿Por qué dice eso?

—Una avioneta puede ser manipulada y provocar un accidente. Una dosis de barbitúricos puede serle administrada *a la fuerza* a una mujer, después de hacerla quedar inconsciente...

—Está hablando de asesinato —me recordó muy seriamente el hombre de Scotland Yard—. De *dos* asesinatos, Eastwood.

—Sí, eso es lo que he querido decirle justamente, inspector.

—¿En qué se basa? Los expertos posiblemente jamás hallen pruebas de que esa avioneta pudo ser manipulada criminalmente. Es difícil en esos casos sacar una conclusión. Y más en lo de la chica, si no hay huellas de otra persona en el piso...

—Yo no las vi. Pero alguien pudo actuar astutamente... y borrar esas huellas, antes de dejar el cadáver de Karin para que fuese hallado en su lecho.

—Sigue usted fantaseando demasiado, amigo Eastwood —resopló el policía—. Sólo son teorías sin demasiado fundamento. Un policía no puede basarse sólo en teorías, sino fundamentalmente en hechos, no lo olvide. ¿Quién podría desear la muerte de Yerby?

—Era muy rico. Habrá quien salga beneficiado con su fin.

—Claro. Su esposa, Hazel. ¿Va a acusarla a ella?

—No. No acuso a nadie. Sólo examino posibilidades, inspector.

—Ya. ¿Y la muerte de Karin Winslow? ¿A quién beneficiaría? Muerto Yerby, a su viuda le importa bien poco que la amiguita de su esposo siga viva o muerta.

—Imagine que Karin sabe demasiado, que puede hablar... Yo fui a verla por esa razón. Quería cambiar impresiones con ella, sobre el trágico fin de Yerby, sobre la situación de ambos y del matrimonio... Prometía ser una interesante charla. Pero los muertos no hablan, inspector.

—Amigo Eastwood, estamos investigando sobre su caso personal. Hasta ahora, no hay nada sobre su prometida. Tampoco sobre Greta Ilsen. Esta última no ha vuelto a London *Lady* desde ayer por la mañana, y nadie sabe por qué...

—Inspector, todo eso puede significar que yo estaba en lo cierto.

—Claro. No crea que le tomo por un loco, Eastwood. Lo que ocurre es que no hay nada definitivamente probado. Sigue siendo nebuloso el asunto. Y no parece tener relación alguna con lo que usted me ha dicho ahora...

—Se equivoca, inspector —resoplé—. Yerby estaba en la casa de modas.

—¿Qué puede importar eso? —Se irritó el policía—. Mucha gente va a ese lugar, ¿no? Supongo que no todos morirán... violentamente.

—Por el momento, hay demasiadas cosas inexplicables,

relacionadas con esa empresa: Vivian, Greta, Yerby y Karin... Yo mismo...

Sin responder a mi comentario, el inspector Jameson subió al coche, sentándose ante el volante. Me invitó a ponerme a su lado, y luego concretó:

—Le llevaré adonde quiera, Eastwood. Y trate de olvidarse de todo esto y dejar, el asunto en nuestras manos. No vuelva a tomar iniciativas como la de visitar a la señorita Winslow. Ése es trabajo propio de mi departamento, y prefiero que lo hagan mis agentes, si a usted no le molesta.

—¿Es una censura? ¿Me está prohibiendo que obre por mi cuenta en cosa alguna?

—No. No le prohíbo nada, amigo mío. Pero no quiero que haga nada que yo ignore. Por el momento, es preferible que Scotland Yard no tenga competidores aficionados. Por el bien de todos. Créame, y siga con sus deportes. Todo lo más, busque una chica bonita, invítela a pasar un día con usted, o llévela a bailar por ahí, con una buena cena como aliciente. Quizá eso le aparte de ciertas cuestiones que no le incumben, y le den diversión suficiente.

—Es toda una idea, inspector... —acepté, sorprendido, mirándole con agradecimiento—. Sí, usted tiene razón. Creo que es lo que estoy necesitando para olvidar a Vivian y todo lo demás... Una chica bonita, un baile, una cena... Eso es. Justamente es lo que haré en las próximas horas, para dejarle a usted todo el terreno libre... Gracias por el consejo. Creo que tengo ya a esa guapa muchacha... Ahora, todo depende de que ella me acepte...

* * *

—¿Cómo no iba a aceptar, Eastwood? Es una hermosa velada...

—Me alegra que le guste, Nyree. Tal vez hubiéramos cenado mejor en el Ambassador, pero en cambio el ambiente aquí es mucho más agradable...

—La cena poco importa. Es lo demás lo que hace grata una noche, de verdad —suspiró ella, dejándose llevar por la pista, en mis brazos, a los acordes de la suave melodía. Apoyó su cabeza de cabellos color caoba sobre el hombro que yo le ofrecía. Parecía soñar con algo lejano e inaccesible como las estrellas—. ¿Por qué

hizo esto, Mark?

—¿Y me lo pregunta? —me sorprendí—. Por Dios, Nyree, ¿es que nunca se ha mirado usted a un espejo?

—Millares de veces —sonrió—. Forma parte de la técnica de una buena maniquí: estudiar gestos, posturas y movimientos, hasta adquirir la necesaria armonía. Pero eso no me dice nada. Usted no me ha traído esta noche aquí sólo por lucirme en su compañía.

—Debería tener sus dudas sobre eso. Recuerde que una colega suya fue mi prometida hasta hace poco. Las modelos son mi debilidad.

—Miente miserablemente —me atajó ella con aspereza—. Mark, ¿qué quiere exactamente de mí?

No se podía decir que se anduviera con rodeos para exponer las cosas. La chica era de una sinceridad realmente terrible. Me gustó su modo de ser, aunque me sentí incómodo en ese momento. Me agité un poco, antes de responderle con la misma franqueza:

—En primer lugar, cenar y bailar con una muchacha maravillosamente atractiva. En segundo... pedirle ayuda.

—¿Ayuda? —Me estudió, con ambigüedad—. ¿En qué?

—Usted creo que lo sabe o lo sospecha, Nyree.

—¿Vivian Bloom, su prometida? No es muy halagador para una chica verse utilizada como medio para recuperar a una novia que le dio calabazas a un hombre.

—Usted sabe bien que no es eso, Nyree. No hay asunto sentimental aquí. Estoy pensando en mis sentimientos sobre Vivian. No puedo estar muy seguro de ellos. De cualquier modo, la ayuda que le pido no es para recuperar a una novia, sino para encontrar a una mujer cuyo comportamiento es para mí un misterio, y por cuya suerte actual temo muy fundadamente.

—¿Qué cree que está sucediendo, en realidad?

—No lo sé. Ella ha desaparecido, eso sí que lo sé. Y necesito encontrarla, para saber qué es lo que sucede, para conocer el misterio de su actitud, de tantas otras cosas que distan mucho de estar claras.

—¿Qué podría hacer yo, aun en el supuesto de que aceptara ayudarme en lo que me pide?

Estudié a aquella impresionante Venus de London *Lady* que era Nyree Adams. La modelo joven y recién lanzada a la profesión, la misma hermosa criatura a quien viera por vez primera con aquellas

dos piezas minúsculas y turbadoras, que tanto realzaban la majestuosidad sensual de su figura, parecía realmente dispuesta a hacer lo que decía. Luchando con una especie de íntima decepción por lo que esperaba yo de ella, se mostraba ante mí decidida a ser mi colaboradora leal. O, cuando menos, lo fingía así.

Estaba empezando a sentirme tremendamente desconfiado sobre todo y sobre todos. Quizá era consecuencia de los últimos acontecimientos. En sólo dos días, era demasiado acontecer que uno viviera el trance de saberse sentenciado a muerte, que la propia novia de uno pareciese la encargada de tal tarea, y que luego ella desapareciera sin dejar rastro, lo mismo que una compañera a quien iba a interrogar, la nórdica Greta Ilsen, mientras dos esbirros de alguien, incluso provistos de arma de fuego, intentaban secuestrarme con finalidad nada clara. Luego, como brillante colofón a tanto suceso insólito... Yerby y su amiga Karin morían violentamente, al parecer víctimas respectivamente de un accidente aéreo y de un suicidio, siendo yo quien me hallaba con el segundo de ambos cadáveres, en su propio alojamiento.

Sí. Quizá eran demasiadas emociones seguidas. Lo cierto es que no tuve fe ciega en Nyree, ni mucho menos. Pero acepté su pregunta, y me limité a responderle, con voz confiada:

—Nyree, espero todo lo mejor de usted. Es una modelo de London *Lady*. Y algo me dice que una de las claves de este misterio radica precisamente ahí dentro... Sólo tiene que vigilar, mirar en torno suyo, no perder detalle... Y, sobre todo, intentar hacer amistad con aire natural, sin forzar la situación, con las que fueron amigas o colegas de Vivian. Si descubre algo, debe avisarme inmediatamente. No corra el menor riesgo. Piense que, si mis sospechas fuesen ciertas...

—¿Qué, Mark? —me preguntó ella, con mirada fija y preocupada.

—Si mis sospechas fuesen ciertas, amiga mía... su vida quizá no valdría nada en absoluto. Sea lo que sea lo que están moviendo en la sombra, es algo demasiado importante para que sea descubierto. No se detendrán ante nada, puede estar segura.

—Mark, ¿no cree que peca de ingenuidad conmigo? —me espetó de pronto, con gesto malicioso—. Yo podría ser... uno de los interesados en que usted no llegara demasiado lejos en la búsqueda de una verdad que podría resultar peligrosa para alguien...

—Lo he pensado ya, y no me preocupa. Quiero confiar en alguien. Después de todo, ¿por qué no habría de ser usted una muchacha honesta y leal conmigo?

—¿Y por qué habría de serlo? Si su propia prometida obra oscuramente... ¿qué le hace pensar que yo sea diferente?

—No lo sé —confesé con un suspiro—. Quizá mi propio instinto, Nyree... Sólo eso. Por el bien de todos... espero que no me equivoque.

Nyree ni siquiera se dignó sacarme de dudas, quizá porque estaba convencida de que eso ahora era por completo imposible. Lo que hizo fue interrumpir el baile. Volvimos a la mesa, por iniciativa de ella.

—Vámonos —dijo con aspereza—. No sé qué ha ocurrido, pero sea como sea... la velada ha dejado de ser lo hermosa que era. Se ha estropeado. Es mejor regresar a casa, Mark.

Tenía razón. Quizá era culpa mía, pero así había sucedido. Acepté su sugerencia. Y nos marchamos del restaurante donde habíamos cenado y bailado tan felizmente hasta entonces.

Sólo cuando llegué a mi apartamento, me vi cara a cara con la nueva sorpresa.

Esta vez, en forma de un telegrama urgente, expedido en la propia ciudad de Londres, en una estafeta de Chelsea. Lo leí, perplejo, estremecido, sin saber lo que podía haber en él de cierto o de ficticio:

«Tengo miedo. Te veré pronto. Es imprescindible, Mark. Cosa de vida o muerte. Para ti, para mí y para otros. Es preciso que creas en mí. Te amo, pese a todo.
»Vivian».

Era el contenido del telegrama inesperado, pasado bajo la rendija de mi puerta. Aún no sabía que me faltaban sólo un par de horas para encontrarme de nuevo ante Vivian Bloom, mi prometida. Y también, a la vez, mi bella asesina...

CAPÍTULO VI

Sólo dos horas.

Habían pasado dos horas desde que, a las doce y veinte de la noche, leñera aquel despacho telegráfico de urgencia en mi propio apartamento.

Y de nuevo veía el rostro hermoso de Vivian, con sus cabellos color de miel, con sus ojos profundos, azules y llenos de femeninos misterios sin fin.

Vivian, la mujer perdida. La novia desaparecida. Acaso la mujer que tenía por misión matarme, como yo llegara a sospechar en un terrible momento de decepción brutal.

Sí, tal vez todo eso. O más. No lo sabía entonces. Nunca lo supe a ciencia cierta. Y ahora, cuando ella podía decírmelo... era inútil tratar de que hablase, de que me revelara la verdad, el tremendo misterio de sus últimas horas de existencia.

Porque Vivian, desgraciadamente... estaba muerta.

Muerta. Asesinada.

* * *

Sí. Muerta. Asesinada.

Así volví a ver a Vivian Bloom, la mujer que pudo haber sido mi esposa. Aquella misma noche. A las dos y media de la madrugada... Era lo que rompía la última esperanza. Ahí terminaba la búsqueda. Cuando menos, su búsqueda. La había encontrado, y ya no necesitaba saber más sobre su paradero. Ni siquiera sobre su destino. Todo estaba roto para Vivian, que un día pudo ser mi esposa.

La bella asesina de mi pesadilla macabra, era ahora la víctima. Ella no supo o no pudo matar, y había sido muerta a su vez. Yo sabía, intuía, que la misma mano que señaló hacia mi persona con una sentencia mortal inexplicable, había sido la oculta ejecutora de este nuevo crimen.

Sí. *Nuevo* crimen. Nunca como entonces, cuando tuve ante mí el

rostro yerto y crispado de Vivian Bloom, estuve más seguro de que, realmente, no era la primera muerte provocada, el primer asesinato de aquella historia incomprensible. Había otros más: Glenn Yerby en su avioneta privada, Karin Winslow en su apartamento, con un puñado de tabletas de barbitúricos en su estómago...

Estuve seguro de muchas cosas en ese momento. Y, por contra, me sentí totalmente a oscuras en otras muchas. Quizá, por simple paradoja, en ese instante comprendí una serie de hechos y supe qué valor real exacto atribuirle, mientras las mayores dudas, las incógnitas más terribles y oscuras, pasaban a invadir mi mente, dejando en tinieblas todo lo demás.

Fue en el instante mismo de ver allí sin vida, frío y yerto, el cuerpo de Vivian Bloom, pocos días antes lleno de vitalidad, de calor y de pasión, cuando me di exacta cuenta de que un siniestro poder oculto se movía en las sombras. Y me amenazaba a mí, a otros, con la misma oscura certeza con que había desencadenado su odio asesino sobre unas personas que parecían no tener motivo alguno concreto para ser eliminadas.

Después de todo, ¿quién en el mundo podía tener el más leve motivo para querer mi muerte? Por más que pensaba en ello, nada ni nadie se me ocurría. Y, sin embargo, había sido señalado por la muerte. Como ellos.

Sólo que aún estaba vivo. Vivo, y lleno de angustiosas dudas. Como en este momento, inclinado patéticamente ante aquel pobre cuerpo inerte, tendido sobre una fría mesa de depósito.

—Sí —afirmé despacio—. Es ella...

—¿Ni una duda?

—Ninguna...

—Bien. Gracias. Es todo —una tela blanca, aséptica, cubrió los perfiles rígidos y céreos del cadáver—. Siento haber tenido que pedirle esto. Pero era absolutamente necesario, Eastwood. Simple formulismo. Usted es la persona que debía identificarla sin lugar a dudas...

—Sí, lo comprendo, inspector. No tengo nada que reprocharle.

—Me alegra que lo entienda, amigo mío —sacudió la sólida cabeza penosamente, tomándose por un brazo, para salir del tétrico lugar al que había acudido nuevamente en pocas horas, ahora con la misión de identificar oficialmente el cadáver de Vivian, mi

prometida. La llamada urgente de Jameson me había sorprendido ya acostado, pero sin conciliar el sueño, fumando un cigarrillo y reflexionando sobre muchas cosas inexplicables acaecidas en las últimas horas.

En este momento, ya tenía una más. Y quizá la más sorprendente y amarga de todas...

—La quería, ¿verdad?

Era su pregunta. Casi una conclusión. Me mantuve callado, caminando por el corredor con olor a desinfectantes. Luego, moví la cabeza antes de responder:

—No sabría decírselo, inspector. Ahora que lo pienso con calma, no sabría darle una respuesta categórica. Creí amar a Vivian profundamente. Luego, de pronto, algo cambió en mí. Ahora, creo que su muerte me duele y me irrita. Pero no podría jurar que la amase. Ya, no.

—Entiendo. ¿Sigue pensando que ella... ella quería matarle, Eastwood?

—No he dicho que ella *quisiera* hacerlo, inspector, sino que *tenía* que hacerlo. Pero no tuvo fuerzas o valor para ello. No sé si porque en realidad no era una asesina, o porque no podía hacerme daño a mí...

—¿Insiste en su teoría de que *alguien*, estaba tras ella?

—Más que nunca. Alguien que daba órdenes.

—¿Y ella las obedecía, salvo en su único caso? —El tono del policía era dubitativo—. Eso no suena muy convincente, Eastwood. Sería como suponer que, ahora, los asesinos ya no son como han sido siempre. Antes, en los bajos fondos se recurría a ejecutores a sueldo para los trabajos sucios. No me imagino a una chica como ella... cumpliendo esa clase de trabajos por un precio. Una mujer joven, bonita, llamativa, modelo de profesión... ¿Tiene algún sentido?

—He pensado sobre ello en sus mismos términos, inspector. Sé que *no tiene* sentido. Pero no se me ocurre otra explicación.

—Ya veo. Un Sindicato del Crimen, que usa mujeres en vez de hombres —sonrió escépticamente el hombre de Scotland Yard—. Un poco «a lo James Bond», ¿no cree? Bellas ejecutoras y siniestras sociedades secretas... Eastwood, usted parece un guionista de nuestra inefable televisión, no un comentarista de deportes.

—Búrlase cuanto quiera —me detuve bruscamente, cerca ya de la

salida del depósito de cadáveres de Londres—. Pero explíqueme, en otro caso, por qué ha muerto de ese modo Vivian. Mis sospechas se confirman, ¿no cree? Igual que las que sostengo sobre el trágico final de Yerby y de Karin Winslow, su chica.

—Dejando eso aparte, amigo Eastwood, y aunque le desagrade mi comentario, podría decirse que hay algo que justificaría que usted hubiese acertado al temer por la vida de Vivian Bloom, su ex prometida: sencillamente, que *usted mismo la mató*.

—¡Inspector! —Le miré, asombrado—. ¿De veras cree eso?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros, con aire burlón, pero al mismo tiempo de amarga desorientación—. ¿Se ha dado cuenta de algo? Ese cadáver que hemos estado viendo ahora, el de la muchacha desaparecida, lleva varias horas perdido. Aun antes de la autopsia, el forense me ha anticipado que, cuando menos, fue asesinada hace unas doce horas... Y quien lo hizo tuvo que ser alguien de quien ella nada temía... por cuanto el criminal tuvo que estar muy cerca de ella, casi tocándola... y entonces le clavó en el corazón, atravesando su pecho izquierdo, una larga aguja de acero, como las de hacer punto de lana, pero terriblemente afilada, en cuya punta se había impregnado previamente un veneno bastante activo, por si fallaba la punción mortífera del corazón, cosa que no creo hubiera sucedido... Extraño modo de matar, ¿verdad, Eastwood? Y, además, realizado por alguien de quien ella jamás receló cosa alguna...

* * *

—Es un extraño mosaico de muerte, ¿no cree, *lady* Joyce?

—Temo no comprenderle bien, señor Eastwood... —Los ojos calmosos y fríos de la diseñadora y directora de exhibiciones se mantuvieron inmutables, fijos en mí con una total ausencia de posibles emociones.

—Verá, señora —anuncié—. Primero Glenn Yerby, un rico cliente de ustedes, se mata con su avioneta en lo que parece un desdichado accidente... Luego, su amiguita oficial, Karin Winslow, halla la muerte por la acción de un exceso de barbitúricos, aparentemente ingeridos por error o con ánimo deliberado de causarse la muerte. Ahora... Vivian Bloom, su modelo, la misma que, según ustedes, se

despidió de la casa, es hallada muerta, en un lugar abandonado del estuario del Támesis, con una aguja de acero que perforó mortalmente su corazón, casi medio día antes de ser hallada y, por tanto, en extraña coincidencia de tiempo con las demás muertes de este raro asunto.

—Sigo sin ver adónde va a parar, señor Eastwood, y por qué me cuenta todo eso a mí. He sido muy paciente al recibirle de nuevo, al escuchar sus peregrinas conclusiones, pero la verdad es que no veo claramente adónde conducen todas esas teorías que me está exponiendo.

Era una mujer inamovible, hermética como un peñasco. Resultaba difícil extraer de ella la más leve emoción imaginable. Pero yo no soy un hombre que se dé fácilmente por vencido. Gracias a eso, muchas veces había logrado que mi equipo de fútbol salvara un empate o una derrota que parecía ya inevitable. La vida, en cierto modo, se asemeja a un lance deportivo. Aunque a veces, como sucedía ahora, fuese terriblemente sangrienta y dramática.

—*Lady* Joyce, insisto en que resulta muy extraño que, en tan corto espacio de tiempo, su empresa, esta entidad especializada en alta costura femenina y en bellas modelos, sea centro vital de tanta muerte violenta y tanto suceso inexplicable: tres muertes poco claras, que yo afirmarí, sin miedo a equivocarme, que son TRES ASESINATOS, la desaparición de otra de sus bellas maniqués, la señorita Greta Ilse, de Suecia, el ataque de que fui objeto yo mismo ante el edificio en el día de ayer, por parte de dos esbirros armados, quizá gente a sueldo de los mismos que mueven los hilos en la sombra... En suma, señora: personalmente, me temo que la razón de todo cuanto sucede se halle muy cerca de London *Lady*... si no *aquí dentro*, exactamente.

Hubo un molesto silencio. Ella me había escuchado con cortesía glacial. Ahora, incluso eso se había terminado taxativamente. Se irguió, arrogante. Su modo de mirarme hubiera congelado a un tipo menos rudo que yo.

—Señor Eastwood, mi paciencia ha tocado a su fin, lamentablemente. Su comportamiento, sus insinuaciones y sus sospechas, empiezan a disgustarme y, lo que es peor, a molestarme e irritarme. Le ruego que salga inmediatamente de este local, y no vuelva a él, o será arrojado violentamente al exterior. Conozco mis

derechos, y usted no tiene por qué permanecer aquí ni un minuto más. Todas esas viles insinuaciones, carecen totalmente de base y podrían ser motivo de querella, si hubieran sido pronunciadas por usted en presencia de alguien más. Desgraciadamente, no es ése el caso. Pero si insiste en querer hablar conmigo o con alguien de la empresa en esos términos, avisaré a la policía para que le arreste bajo unos cargos determinados. Las leyes inglesas, por si lo ignora usted, señor Eastwood, son muy duras cuando un ciudadano ofende y molesta a otros con insinuaciones de cierto tipo. Ahora, buenas tardes, y no me moleste más.

—*Lady* Joyce, no la he acusado personalmente de nada —advertí—. Sólo insisto en que esta empresa tiene alguna relación *muy* directa con la muerte de dos clientes suyos, una modelo, la desaparición de otra, y el ataque de que yo he sido víctima. Eso es todo. Le moleste o no, sigo opinando así, y estoy dispuesto a llegar adonde sea, con tal de probar lo que digo. Y no temo a la policía, entiéndalo bien... porque yo he sido el primero en denunciar ante Scotland Yard los hechos que nos ocupan. Buenas tardes, *lady* Joyce Langdon. Y, si realmente algo se oculta aquí que sea poco claro y poco honesto, será mejor que vaya pensando en ponerlo en claro... o todos pagarán las consecuencias.

Salí, cerrando incluso con brusquedad, y descendí velozmente a la planta inferior, para disponerme a abandonar el amplio y moderno edificio de New Bond Street.

Justamente entonces les vi. Y ellos a mí.

Salían de una de las dependencias de la firma London *Lady*. Llevaban consigo unas cajas doradas, con el distintivo de la empresa, sin duda conteniendo nuevos modelos ya empaquetados. Llevaban un uniforme elegante, color gris oscuro, con botones plateados, y el nombre de London *Lady* escrito en letra cursiva inglesa, de oro, sobre un distintivo azul, en el pecho.

¡Eran los dos agresores de la calle! El pelirrojo pecoso y el fornido galés...

Apenas me vieron, se quedaron rígidos, con cierto gesto de sorpresa. Yo me precipité rápidamente hacia ellos. Verme llegar y soltar sus cajas, lanzándose corredor adelante con toda premura, fue una misma cosa. Tropecé violentamente con el montón de cajas, tirando por los aires cinco o seis trajes al abrirse los envases de

cartón dorado. Pero seguí adelante, saltando sobre todo ello, en pos de aquella pareja de rufianes.

—¡Eh, ustedes, esperen! —avisé con voz potente—. ¡No escapen! ¡Deténganse! ¡Están mezclados en un asunto de asesinato, no empeoren más las cosas...!

Los individuos, si escucharon mis palabras realmente, debieron poner alas a sus piernas, largas y ágiles, porque corrían como endemoniados, resultando muy difícil darles alcance, pese a que el deporte ha dado elasticidad y potencia física a todos mis músculos.

En plena carrera, penetraron a través de una puerta batiente, por la que me lancé yo también como una exhalación, sin importarme en absoluto lo que allí decía. Era el vestuario de maniqués.

Entre gritos asustados de las muchachas, algunas a medio vestir, y otras ni siquiera a medias, pasé en pos de ellos, derribando toda clase de ropas en los colgadores. El confuso incidente provocó en ellas la alarma e incluso, el pánico. Y más aún, cuando el tipo fornido de acento galés, el mismo que perdiera aquella mañana anterior su pistola provista de silenciador, extrajo ahora una automática con el mismo cilindro negro y pavonado que servía para dar sordina a los estampidos, y apretó el gatillo.

Sonaron dos secos taponazos, y un proyectil destrozó un amplio espejo mural, con formidable estrépito, mientras otra bala se perdía encima de mi cabeza. Cuando le vi apuntar de nuevo, tuve que arrojarme de bruces sobre un mueble, y esta vez la bala silbó mucho más cerca, donde antes me encontraba yo en pie. Maldije entre dientes. Seguir la persecución de los dos hombres, que ahora parecían dirigirse a la parte posterior de la planta baja, donde se hallaban los almacenes y salida de servicios, era un suicidio, teniendo, como tenían, armas de fuego.

Jadeante, opté por detenerme allí mismo, me precipité sobre un teléfono y marqué el número de Scotland Yard, que empezaba a serme ya tan familiar como el de cualquier amigo.

Acababa de marcar el número, cuando a mis espaldas sonó una agria voz aguda, llena de reproches y amenazas:

—¿Usted de nuevo, señor Eastwood? Esto es lamentable y vergonzoso... No sólo ha causado problemas en nuestras dependencias, sorprendiendo a las señoritas modelos en la intimidad más absoluta, sino que ha causado daños de

consideración, destrozos en algunos modelos muy caros, y un auténtico escándalo en todo el edificio con su actitud. Lamento decirle que me obliga usted a dar cuenta de esto a la policía...

—¿La policía? —mascullé, volviéndome hacia el afeminado Robin Blackwell—. Puede hablar ahora con ella. Estoy comunicando con Scotland Yard, para informarles de que dos empleados suyos del almacén o del servicio de repartos, aún no sé exactamente de qué sección, son dos delincuentes armados que dispararon sobre mí, y que ayer me agredieron en público con otra arma de fuego... ¿Cómo explicará usted eso, mi estimado señor Blackwell?

El rostro maquillado y feminoide del gerente de la London *Lady*, reveló profunda inquietud y sobresalto al escuchar mis palabras. Airadamente, dio media vuelta y se alejó entre la confusa masa de ropas caídas, espejo roto y todo lo demás.

CAPÍTULO VII

—¿Espera salir bien librado de todo eso, Mark?

—No lo sé aún —resoplé—. Depende de lo que Scotland Yard crea de esa historia. *Lady* Joyce y Robin Blackwell han presentado contra mí una denuncia por molestias, difamación, alteración del orden interno de la empresa, violación de principios morales de su personal femenino, y un sinnúmero de cosas más... sin olvidar los daños causados a sus modelos más caros. El inspector Jameson dice que si el juez que vea el caso es un poco severo, incluso puede costarme un arresto y una buena multa...

—¿Por qué se mete en líos, Mark? —suspiró Nyree Adams, contemplándome con aire de reproche—. Creo que esa clase de asuntos conciernen a la policía, no a usted.

—La policía no admite ciertas cosas fácilmente, Nyree. Yo identifiqué a dos empleados de la empresa, como los mismos rufianes que me asaltaron cuando intenté hablar con Greta Usen. La prueba es que iban armados, y huyeron, haciendo fuego sobre mí.

—¿Qué dicen a eso los de London *Lady*? —sonrió la modelo.

—Que ellos no tienen culpa de que unos empleados suyos, que además no pertenecían a la plantilla fija de la empresa, sean delincuentes o personas honradas, ya que al salir del trabajo, cada cual es dueño de su propia conducta. Tienen excusas para todo, Nyree. Me gustaría pillarles en algo de lo que realmente pudieran ser acusados de culpabilidad, pero me parece por el momento bastante difícil, por no decir imposible.

—Y mientras tanto, usted se va metiendo de problema en problema.

—No puedo remediarlo, amiga mía —suspiré—. Es algo superior a mis fuerzas. Tengo que saber lo que realmente sucede, por qué querían matarme, quién mató a Vivian y todo lo demás...

—¿Sigue pensando que tiene relación con la casa de modas?

—Sí. Desde un principio he estado seguro de ello. Sólo que... no tengo prueba alguna contra ellos. Ni siquiera una explicación verosímil para cuanto sucede... —La miré, pensativo—. Usted, que está dentro de la empresa, quizá haya podido ver algo más que yo,

pero tal vez no le dé la debida importancia, por no saberlo interpretar.

—Le dije que le ayudaría en lo que me fuese posible, Mark. Sólo que no he visto nada raro ni sospechoso allí. La gente se porta correctamente conmigo, el ambiente de trabajo es bueno, y todo parece muy lejos de lo que usted imagina.

—Tiene que ser así. De otro modo, no podrían evitar que la verdad saliera a la luz.

—¿Qué verdad? —quiso saber ella, mirándome con fijeza.

—Diablo, no sé... —murmuré con disgusto—. Lo único cierto es que... hay algo. Lo intuyo. Algo que no está claro, que permanece oculto, bajo la epidermis brillante y mundana de esa clase de negocio. Oh, cielos, si me fuera posible captar un solo indicio, un detalle por leve que fuera... Quizá ésa sería la pieza clave, la que completara el *puzzle* en el que ahora no entiendo nada...

—Está atormentándose con todo esto. El hecho de que, finalmente, su ex prometida fuese muerta violentamente, no significa que deba convertirse en policía de sus propios asuntos. ¿Qué dice el inspector a eso?

—Uf... —resoplé—. Me ha advertido ya. Si vuelvo a meter mis narices en algo y causo problemas, es posible que me cueste un disgusto.

—¿Y aun así sigue decidido a husmear todavía más?

—Nyree, debo hacerlo. No es sólo por Vivian. Es que presiento que no todo ha terminado, que puede haber más sangre... Incluso la mía. Todavía no he olvidado que todo empezó conmigo. Si alguien me sentenció a muerte... esa sentencia debe seguir en pie, por la razón que sea. Y ahora, con más motivo, puesto que parece que a veces me acerco demasiado a la verdad, y eso les preocupa...

—En suma, que usted cree que pueden atacar contra usted en cualquier momento, con ánimo de asesinarle...

—Algo así —admití pensativo—. ¿Usted no cree mis palabras, Nyree?

—No importa lo que yo crea —suspiró, consultando su reloj. Se puso en pie, dejando café y *cake* sin terminar, sobre la mesa de la cafetería donde habíamos coincidido, no lejos de su lugar de trabajo en New Bond—. Se me hace tarde. Hoy hay bastante trabajo, aunque de tipo teórico, y no puedo perderme la sesión.

—¿Más aprendizaje? —Sonreí, pagando y escoltándola hacia la salida del *snack*.

—Oh, sí. Ellos son muy exigentes. Quieren que sus maniqués dominen una serie de técnicas nuevas, de experiencias especiales... Hoy habrá sesión cinematográfica, para que veamos exhibición de las mejores modelos del mundo, técnicas de la alta costura, y cosas así. Luego, habrá clases teórico-prácticas sobre nuevas técnicas de la mujer como maniquí; y cosas por el estilo. Me gusta mi trabajo, pero ése es el lado árido y aburrido del mismo.

—¿Piensa seguir con esa carrera hasta el fin? —quise saber, abriendo ya las puertas de la cafetería, para salir a la calle.

—No lo sé. A veces pienso que es una profesión muy dura, mucho más de lo que la gente supone —suspiró ella, moviendo su cabeza de cabellos caoba, suaves como cobre hilado—. Pero sigo adelante, porque me gusta y tengo ambiciones.

—Quizá haga bien. Pero cuídese mucho. Ya ve que las modelos de esa casa, no siempre terminan bien su carrera... en la profesión y en la vida. ¿Saben algo de Greta Usen?

—Ya sabe que no pertenece a mi grupo, pero me he interesado por ella... y nadie la ha visto —cruzamos la acera hacia el cercano cruce que la conduciría al edificio de London *Lady*. Se detuvo un momento, junto al bordillo, puesto que mi rojo «Austin» se hallaba aparcado algo más distante, en un estacionamiento a mi derecha—. Bien, Mark. Ha sido un placer charlar con usted. Y haga lo mismo que me ha pedido a mí: cuídese cuanto pueda...

—Lo procuraré. Debo guardarme de las iras de Scotland Yard y de unos ocultos asesinos —reí con buen humor—. Uno, a veces, no sabe qué será peor, si... ¡Cuidado, Nyree!

Mi grito agudo, desgarrado casi, la sobresaltó violentamente. No supo en principio qué era lo que sucedía. Ni hubiera tenido tiempo de saberlo. Yo lo había advertido ya, y me apresuré a lanzarme sobre ella, en un placaje digno de un buen jugador de *rugby*, precipitándome con ella por el asfalto, hacia el interior de la acera.

Justamente entonces, los neumáticos de la furgoneta

azul-gris

saltaron el bordillo, y el rugiente vehículo, lanzado a toda velocidad, penetró en la acera, ante el terror de los peatones, cruzándola en diagonal, para salir de nuevo a la calzada.

Pero lo hizo siguiendo el camino del punto donde un momento antes nos hallábamos nosotros. Hice girar el cuerpo de Nyree bajo mi propio cuerpo, en un volteo vertiginoso y apremiante, y aun así, el guardabarros delantero del vehículo nos rozó con fuerza, desgarrando mi chaqueta y lanzándonos más lejos, con violencia. Pero por fortuna, los neumáticos no pasaron por encima de nosotros, como hubiera sucedido de otro modo.

El coche se perdió, a toda la potencia de su motor, mezclado con el denso tráfico del centro de Londres, sin detenerse siquiera a averiguar si había causado algún daño. Desde el suelo, miré hacia la caja

azul-gris

de la furgoneta, respirando con alivio, sin dejar a Nyree libre, bajo mi propio peso.

Era una camioneta de reparto comercial. La marca, bien legible en la carrocería, me quedó impresa en la mente:

LONDON *LADY*.

ALTA COSTURA

—¿Se encuentra bien, Nyree? —pregunté a la joven, ayudándola a incorporarse, mientras varios peatones acudían en nuestra ayuda, y un policía hacía sonar su silbato, no lejos de nosotros.

—Sí, muy bien, gracias... —suspiró, poniéndose en pie y limpiando de polvo su traje—. Oh, cielos, pudimos morir bajo las ruedas de ese vehículo. Ni siquiera se detuvo a averiguar si había causado un daño o no... Hay auténticos salvajes conduciendo actualmente por Londres, Mark.

—Salvajes... y algún que otro asesino, Nyree —resoplé, todavía con la vista fija en la esquina por la que se había perdido poco antes nuestro agresor, al volante de la furgoneta.

Nyree me contempló asombrada. Y empezó a comprender, palideciendo.

—Dios mío... —murmuró—. Asesinato... Pero ¿contra quién?

—Espero que sólo contra mí —sonreí duramente—. Pero no estoy muy seguro...

Asesinato.

Sí. De eso sí que estaba seguro. Y bien seguro. Una furgoneta lanzada, un motor en marcha, unas manos criminales al volante... Un asesinato con todas las trazas de parecer accidente de tráfico, pura y simplemente.

Les había fallado. Pero lo intentaron. Yo sabía que no era accidental. Hubiera sido demasiada casualidad. Y más, tratándose de un vehículo de la casa de modas. Lamenté no haber visto el rostro de su conductor, aunque posiblemente eso no me serviría de mucho. Quienes estaban interesados en atacarme, no dudaban en alquilar delincuentes profesionales.

Pero ¿podía ser un delincuente habitual el que alteró los mecanismos de una avioneta, hizo ingerir un exceso de barbitúricos a Karin Winslow y clavó una aguja de acero sobre el pecho de Vivian? Sobre eso, tenía mis dudas.

El «accidente» de New Bond Street, pudo haber tenido un doble resultado trágico: mi muerte y la de Nyree. ¿Era intencionado el doble golpe? ¿Querían deshacerse, a la vez, de una modelo y de un entrometido?

No tenía respuesta alguna para todo eso. Opté por dejarlo a un lado, a la espera de lo que resultase de aquella nueva gestión que llevaba entre manos.

Era muy atrevido continuar adelante, tras las advertencias del inspector Jameson. La denuncia de London *Lady* contra mí, dificultaba las cosas. Para un juez severo, sería peor delito haber penetrado en un vestuario de mujeres, que estropear una serie de modelos de alta costura y elevado coste. Todavía la moral, pese a nuestros tiempos y apariencias, significa mucho en Gran Bretaña, no sé si para bien o para mal.

Pero estaba decidido a correr el riesgo, una vez más. Detuve mi «Austin» rojo en aquel punto de Bloomsbury adonde acababa de llegar. Consulté el nombre de la calle y el de mis breves apuntes en una agenda.

Era allí. Justamente allí. Guilford Street, número 16. Miré el edificio. Una casa tradicional británica. Arrendada por pisos.

Bajé del coche y caminé en derechura hacia ella. Respiré el fresco aire húmedo que venía de Coram Fields. Era un buen lugar para residir. Tranquilo y céntrico.

Llegué a la casa. Miré los nombres de los inquilinos en el portal. Así de sencillo era. Mi dedo se apoyó en una tarjeta:

Planta tercera
Miss Greta Ilsen

El informe obtenido a través del Sindicato de Maniqués de Londres había sido correcto. Cuando menos, ya sabía dónde vivía Greta Ilsen. O dónde había vivido antes de su desaparición repentina. Después de lo sucedido con Vivian, era cosa de poner en duda si aún seguiría en su casa, como si nada hubiera ocurrido.

Pulsé el llamador. No respondió nadie. Insistí, con negativos resultados en todas las ocasiones. Dispuesto a comprobar si ella estaba en casa o no, subí a la tercera planta y repetí allí mis llamadas, con idéntico silencio por respuesta.

Miré a ambos lados del corredor solitario. Lo que iba a hacer ahora, entraba ya directamente en el terreno delictivo. Si me sorprendían, las cosas se iban a poner feas para mí. Un allanamiento de morada, con el uso de llaves maestras, tiene su pena severa en Inglaterra, no importa por los motivos que uno alegue haberlo hecho.

Aun así, extraje las pequeñas ganzúas de que me había provisto antes de venir. Bastaron tres intentos con otras tantas llaves. No soy un experto, pero la puerta y la cerradura no ofrecieron problemas serios. En pocos instantes, la entrada al piso estaba franqueada.

Quitó las ganzúas de la puerta. Siempre sería posible alegar que hallé abierta la puerta al llegar, como en el caso de mi tardía visita a Karin Winslow, aunque ignoraba si tal explicación sería admitida por Scotland Yard.

Entré, cerrando tras de mí. Empezó el examen de la casa.

Habitación por habitación, fui recorriendo el piso, amplio y confortable, a la vieja usanza británica. Los muebles eran sólidos y bien cuidados, las alfombras espesas y los cortinajes de buena pana aterciopelada. La rubia nórdica de London *Lady* debía estar allí muy bien instalada, evidentemente.

Finalmente, llegué a su dormitorio, a su cuarto de aseo... De nuevo evoqué a Vivian. A la pobre Vivian.

Faltaban los útiles de aseo diario. Y zapatos. Y prendas íntimas. Como si se hubiera ido de viaje repentinamente. Lo mismo que Vivian cuando resultó sorprendida por mi visita a su apartamento,

aquel maldito domingo en que descubrí la fotografía cruzada con el aspa.

Recorrí todos los muebles, en busca de algún indicio. No encontré nada, salvo un retrato de Greta Usen, muy al estilo escandinavo. Es decir, en traje de Eva, sor: un fondo de arena de playa y mar gris. El paisaje no tenía nada de atractivo. Ella, sí. Mucho.

Terminada mi pesquisa, me dispuse a abandonar la vacía morada de la modelo. Me sentía un poco defraudado, aunque lo cierto es que ni siquiera sabía qué podía esperar encontrar en su vivienda.

Quedaba solamente la mesilla de noche, donde faltaba algo, posiblemente un reloj despertador. Junto al teléfono, había unas tabletas de analgésico para dolores ligeros, en especial jaquecas y migrañas. Nada de barbitúricos, por fortuna.

Abrí el cajón, en busca de algo más, que posiblemente ni existía.

El corazón me dio un vuelco repentino. Me quedé mirando con ojos muy abiertos al fondo de la pequeña gaveta.

Aquel sobre color marrón, en el que aparecía el nombre y dirección de Greta Ilsen, escrito con rotulador, me era familiar.

Siniestramente familiar, para ser concretos. Mis dedos temblaron ligeramente al dirigirse hacia el envoltorio. Crujió éste entre mis manos. Como esperaba, tenía algo dentro. Algo que crujía también de modo peculiar.

Tiré de ello cuidadosamente, utilizando un pañuelo para no dejar huellas, ni borrar las anteriores, si es que las había. Salió la cartulina rectangular, brillante.

Una fotografía. Idéntica a la mía. Con el aspa negra cruzando un rostro que yo había visto ya en otra ocasión. Debajo, el rotulador rojo había escrito el extraño, frío y mecánico mensaje de muerte:

«NUMERO 11. VINCENT RHUBARD. MUERTE INMEDIATA.
EJECUTE SENTENCIA».

Era como un calco de mi propio caso. Sólo que había un número diferente: el once. Y un nombre distinto: el de Vincent Rhubard, el *playboy* de cabellos canosos, que escoltaba a las mujeres casadas en sus visitas a London *Lady*. Vincent Rhubard, cuya fotografía, rayada, como impresa por telefoto, aparecía entre mis manos, con el

aspa siniestra de la muerte marcando su rostro sonriente y bronceo, bajo los cabellos prematuramente grises...

* * *

Tampoco había sido difícil localizar la dirección de Vincent Rhubard.

Él vivía en otro barrio muy diferente de Londres: una residencia rodeada de jardines, en Saint

John's

Wood. Observé que tenía piscina en un lateral, rodeada de setos bien cuidados. Y varios miembros de servicio.

Nadie sabía de dónde sacaba Rhubard su dinero. Las malas lenguas afirmaban que de sus ricas amantes casadas. Otros, decían que lo había heredado ya, y sólo iba con las más bellas y distinguidas damas de Londres por su condición donjuanesca, de irresistible conquistador que para nada necesitaba de los favores económicos de sus amigas. Fuera como fuese, ahora el tipo era rico y no lo ocultaba. Tampoco acostumbraba a hacer de su vida privada y amorosa ningún secreto especial. Todo Londres tenía acceso a sus idilios. El escándalo le tenía sin cuidado, y quizá hiciera bien.

—¿El señor Rhubard? —Un severo mayordomo asintió, mirándome dubitativo—. Un momento, por favor. Está en casa, pero muy ocupado. Ignoro si le será posible recibirle ahora, señor...

—Eastwood —le dije, tendiéndole mi tarjeta, donde había trazado unas breves líneas—. Por favor, pásele esto. Me recibirá, estoy seguro.

—Bien, señor. Espere, se lo ruego —solemne, me abandonó en el gabinete de recepción de visitas. Si todo era allí tan suntuoso como aquella sala, Rhubard vivía ciertamente en un ambiente de millonario. Y algo me decía que así debía de ser.

Regresó el mayordomo poco después. Su gesto era más amable que antes. Se inclinó, para notificarme, con tono deferente:

—Puede pasar, señor. Sígame. El señor Rhubard le espera...

Le seguí. Por una galería encristalada, amplia y luminosa a pesar del día gris londinense, me condujo hasta una especie de gabinete o estudio muy amplio, con paredes repletas de volúmenes, motivos marinos para decoración, desde catalejos a sextantes, barcos en

miniatura y timones de navío, en medio del cual, Vincent Rhubard, en una especie de quimono oriental, color escarlata, con letras chinas bordadas en oro, practicaba una especie de yoga en medio de la habitación, alfombrada con cojines de seda de diversos colores.

Me hizo un gesto, denotando que estaba sumido en sus ejercicios de relajamiento y meditación, y esperé pacientemente a que terminara. Cuando lo hizo, estaba levemente sudoroso, pero con aire de frescura y de envidiable estado físico y mental. Estrechó mi mano calurosamente, y me invitó a sentarme en un rincón que parecía el camarote de un viejo lobo de mar, digno de la pluma de Melville.

—Es un placer, señor Eastwood —dijo, jovialmente, con aquella deslumbrante sonrisa suya, y aquel destello vital en sus ojos vivaces—. ¿A qué debo el honor de su visita? No es mucha la gente que llega hasta mi viejo santuario de Prince Albert Road, la verdad sea dicha. Y menos aún quien, como usted, me conoce de tan poco tiempo...

—Supongo que habrá oído hablar de la muerte de Karin Winslow, tras el dramático fin de nuestro común amigo Yerby... —le señalé.

—¿Karin? —asintió despacio—. Sí, pobre chica... Ha sido una doble tragedia que me dejó aturdido. Sin duda, no soportó verse sola, sin Glenn... ni su dinero, claro.

Superficial y frívolo, Rhubard hablaba exactamente como yo esperaba que lo hiciera. Para él, los problemas ajenos, aunque implicaran la muerte, era algo que no le incumbía ni emocionaba.

—Dudo mucho que se matara ella, si es eso lo que cree —repliqué con cierta sequedad—. Yo me inclino por el asesinato.

—¿Cómo? —boqueó asombrado el bello y apuesto *playboy*. Se pasó los dedos mecánicamente por entre el plateado algo artificioso de sus cabellos—. ¿Asesinato? ¿Eso tiene sentido, amigo Eastwood?

—Lo tiene... si la misma mano asesinó previamente a Glenn Yerby, manipulando en los mandos de su avioneta.

—¡Cielos! —El asombro del joven iba en aumento—. Pero si viajaba solo, si nunca dejaba que nadie tocara su querida avioneta...

—Se pudo hacer sin ser notado, furtivamente. Es como se preparan esas cosas, Rhubard. Más tarde, alguien ha muerto asesinado también.

—¿Todavía más? —me contempló como si yo fuese un marciano.

—Sí: mi prometida, Vivian Bloom. La joven modelo a quien fui a

buscar el otro día, cuando coincidimos en London *Lady*.

—Oh, lo siento... No podía imaginar... ¿Por qué ella también?

—No lo sé. Sospecho que tenía algo que hacer, y se negó a llevarlo a cabo. Eso le costó la vida.

—Hacer... ¿qué? —Su voluble interés era totalmente epidérmico, podía notarse sin esfuerzo. A Rhubard le tenían sin cuidado los propios temas que parecían intrigarle.

—Matarme a mí —dije, manteniendo mi mirada fija en él.

Pegó un respingo, y su gesto se hizo escéptico, lleno de dudas. Su pregunta estuvo en consonancia con esa reacción:

—¿Se burla de mí, Eastwood? Eso será broma, naturalmente...

—¿Cree que bromearía con una mujer muerta, a quien alguien se aproximó, clavándole una larga aguja de acero en el corazón? Esa mujer iba a ser mi esposa, Rhubard.

—Oh, Dios, perdone. Pero es todo tan... tan inverosímil, Eastwood. Como si fueran cosas que no pueden suceder en el mundo, cerca de nosotros...

—Sólo que suceden —le miré gravemente, y con un ademán abarqué la sala—. Rhubard, usted vive en su torre de marfil compuesta por esta casa, su yate, sus mujeres de gran mundo, sus diversiones y banalidades... No puede imaginar que fuera de ese mundo brillante y superficial haya cosas ingratas, que hagan sufrir a los demás. Pero es así. Y a veces, muy cerca de nosotros. Al lado mismo...

—Es posible que cometa el grave error de creer al mundo más alegre y divertido de lo que realmente es —aceptó Rhubard—. Pero mi vida siempre ha transcurrido sin preocupaciones serias, Eastwood... ¿*Scotch*, *bourbon*, acaso un *brandy*? —invitó, señalando su mueble bar.

—*Scotch* —admití—. Detesto el *whisky* americano, aunque sea de Kentucky.

—Yo también —sirvió dos vasos. Puso soda en el suyo. Yo lo elegí solo. Alzó su licor—. Salud, Eastwood, amigo.

—Salud —respondí, tomando un sorbo. Luego, dejando el vaso sobre la mesa, miré fijamente a mi interlocutor—. No siempre la vida está falta de preocupaciones, créame. Ha hecho bien en ser feliz hasta ahora. Quizá en adelante... ya no lo sea tanto.

—¿Qué quiere decir? —me preguntó, intrigado, enarcando las cejas

en un gesto de sorpresa evidente.

—Justamente lo que dije —busqué en mi bolsillo, para sacar algo de él. Pero antes le atacué por vía directa, esperando sorprenderle —. Rhubard, ¿sabe algo de Greta Ilsen?

Se quedó boquiabierto. Me miró asombrado, y pareció a punto de enviarme al diablo. Luego, tras una leve vacilación, estudió mi rostro hermético, y sacudió la cabeza negativamente.

—No —dijo—. ¿Cómo diablos supo...?

—¿Que conoce a una Greta Ilsen y tiene relaciones con ella? — Sonreí tristemente—. Resulta obvio, cuando uno tiene experiencia en esas cosas, Rhubard.

—¿Qué clase de experiencia? No sé adónde va a parar...

—Una modelo, un idilio, más o menos duradero, más o menos formal... Eso no importa. Lo que cuenta es establecer la relación, crear el romance... Luego, ella recibe la orden fría, escueta. Y actúa.

—Que me ahorquen si le entiendo —refunfuñó el *playboy*, frunciendo el ceño.

—Se lo diré. No es nada difícil, Rhubard. Usted va a entenderlo cuando yo se lo diga... A ambos nos ha sucedido igual. Hemos conocido a una muchacha atractiva, una maniquí de London *Lady*. Hemos sentido algo por ella, sea amor, afecto o deseo. Luego, de súbito... llega la fotografía. Y la sentencia.

—¿Fotografía? ¿Sentencia? —repitió él, totalmente desorientado.

Le tendí el sobre color marrón. Extrajo de él su fotografía. Lanzó una imprecación de asombro.

—¡Nunca vi esta fotografía mía! —exclamó—. ¿Cómo la obtuvieron? ¿Qué significa...?

—Está en mi mismo caso. Yo también encontré una fotografía mía que no recordaba haber visto antes. Deben tomarla a distancia, con una cámara especial. Y la imprimen por algún sistema que deja esas líneas, como si la transmitieran por radio. Luego, el aspa significa la muerte. Abajo, va la seca sentencia señalada. La que ella debe ejecutar.

—¿Ella?

—En mi caso, Vivian Bloom. En el suyo, Greta Usen. ¿Por qué tiene alguien interés en deshacerse de usted, Rhubard?

—No tengo la menor idea. Ni creo que ése sea el caso...

—Lo es. Esa fotografía, esa orden, no son ninguna broma. Greta

cumplirá su misión. O será ella quien muera en su lugar. No me pregunte cómo lo hacen, ni por qué. Sé tanto como usted al respecto. Pero, sea lo que sea, su origen está en London *Lady*.

—¿La casa de modas? —Evidentemente, Vincent Rhubard iba de sorpresa en sorpresa.

—La misma. Todos estamos relacionados con ella de un modo u otro. Eso no hace sino confirmar mi teoría.

—Teorías aparte, Eastwood... ¡yo no puedo creer que Greta planea matarme! ¡Es ridículo!

—Lo admito. Parece ridículo. Pero hay una diferencia entre la realidad y lo que usted ha dicho. Ella *no desea* matarle. Lo que hace, es obedecer órdenes. Ordenes llegadas de alguna parte, de alguna persona o institución que desconozco, pero que está encubierta por esa empresa de alta costura que ambos conocemos. Ahí tiene todo su origen, puede creerme.

—Quisiera creerle, pero se me antoja todo tan extraño... tan inverosímil, Eastwood...

—He querido venir a avisarle, apenas descubrí esto. Ahora sabemos que hay alguien más en peligro: usted. Debe protegerse de todo y de todos. Pero muy especialmente de aquella persona de quien no podría usted temer nada: Greta Ilsen. Si reaparece, si vuelve a usted con el más razonable de los pretextos, por convincente que se muestre... ¡protéjase de ella y no se fíe en absoluto! Avise a la policía, entréguela a Scotland Yard...

—Entregarla... ¿acusada de qué? —Se intrigó Rhubard.

—De nada, momentáneamente. Sólo a título de importante testigo en un caso de asesinato: el de su compañera y amiga, Vivian Bloom...

Apuré el *whisky*. Me incorporé, recuperando la fotografía rayada, con la negra aspa encima. Rhubard tendió su mano, como esperando algo.

—¿No... no puedo quedarme con ella? —indagó.

—No, no puede. Le enviaré una copia, si quiere. Es una prueba. Y como tal, debo entregársela al inspector Jameson, encargado del caso.

—Una prueba... ¿contra quién? Ahí no menciona más que mi nombre, no hay sino mi propio rostro, y nada más...

—Es una prueba de que existe algo... Algo parecido a un Sindicato

del Crimen, en alguna parte de la ciudad o del país. Quien desea matar a alguien, contrata sus servicios, según sospecho. Luego, la siniestra organización encarga a una bella mujer de ejecutar la sentencia. Esa fotografía y esas palabras, son el mensaje.

—Pero ¿cómo pueden hacerlo? —dudó Rhubard—. Mujeres hermosas, como Vivian Bloom o como Greta Ilsen, ¿de qué modo es posible que acepten semejante clase de horrible trabajo? ¿En qué consiste la coacción para obligarlas a matar? Ellas no son asesinas, no pueden serlo, Eastwood.

—Me consta que así debe ser. La razón es un enigma. No logro entenderlo, aunque me lo he preguntado mil veces... Pero éstos son los hechos, Rhubard. No los olvide por nada del mundo. Apenas vea cerca de sí a Greta Ilsen... llame a Scotland Yard. Es lo mejor que puede hacer por proteger su vida...

Me encaminé a la puerta del gabinete pintorescamente decorado. Rhubard se apresuró a incorporarse y me escoltó hasta la salida, estrechándome allí la mano calurosamente.

—Gracias por todo, Eastwood —dijo, cordial, con tono realmente agradecido—. Creo que, pese a todo, haré lo que dice. Sea lo que sea lo que mueva a esas chicas a matar, trataré de que no resulte eficaz. No conmigo, cuando menos... Si veo a Greta, avisaré en el acto, no lo dude. Y me guardaré mucho de ella...

—Será una medida prudente, no lo dude —sonreí, saliendo ya del edificio suntuoso de Saint

John's

Wood.

Regresé al centro de la ciudad, reflexionando sobre todo cuanto había averiguado ese mismo día. Los nombres de Greta, de Rhubard, saltaban en mi mente, junto con todos los demás, en un auténtico pandemónium de ideas confusas. Esperaba que Rhubard fuese lo bastante prudente para cumplir lo que decía. De otro modo, iba a ser difícil salvar su pellejo.

Vivian había sido incapaz de matar, pese a la sentencia dictada. ¿Sería igual con Greta Ilsen? ¿Tendría ella los mismos escrúpulos que llevaron a Vivian a la tumba?

Me encaminaba a Scotland Yard, para entregar a Jameson aquella fotografía del rico y conocido *playboy* londinense. Podía ser una buena pista para ellos. De cualquier modo, era la prueba de que mi

caso no era un hecho aislado, ni mucho menos.

Había otros crímenes planeados. Otras bellas mujeres, ejecutoras de los mismos. Las órdenes eran siempre exactas: un número de orden, un nombre, una fotografía, un signo en aspa, y unas escasas palabras: «Muerte inmediata. Ejecute sentencia».

Pero ¿por qué obedecían ellas? ¿Por qué mataban? ¿Qué las obligaba a hacerlo? ¿Hipnosis, tal vez? ¿Coacción? ¿Dinero, como frías mercenarias, como ejecutores del sexo femenino?

Ahí estaba la gran incógnita.

Entré en Scotland Yard. Poco después, Jameson recibía aquella fotografía dentro de su sobre color marrón.

Le advertí:

—Sólo Rhubard y yo la hemos tocado. En ambos casos con un pañuelo, para evitar huellas y para que no se borren las que pueda haber ahí.

—Entiendo. La enviaremos al laboratorio —suspiró Jameson—. Será sometido todo a examen electrónico. Tal vez la computadora nos dé una respuesta sobre ello... Ahora, hablemos usted y yo, Eastwood. ¿Cómo llegó eso a su poder? ¿Ya ha vuelto a las andadas?

—No, no, inspector —mentí con todo el cinismo de que soy capaz, que es mucho—. Lo que hice fue visitar a Greta Ilsen. No estaba en casa, pero hallé la puerta abierta y entré...

—¿Abierta? —El inspector frunció el ceño, contemplándome receloso—. Es raro...

—¿Raro? —Sonreí con mi mayor inocencia—. ¿De qué otro modo hubiera podido yo pasar al interior?

—Es lo que yo me pregunto —me miró con aire de sospecha—. Además... nosotros hemos registrado ya ese piso de cabo a rabo, hemos dejado cerrada su puerta... y, por añadidura, no había fotografía alguna en toda la casa. Y fue ayer cuando estuvimos allí...

Me quedé sorprendido. Eso abría nuevas posibilidades. Quizá Greta había vuelto a su piso tras el registro policial, y dejó en él aquel mensaje de muerte, pensando que ya nadie entraría en el mismo. Expuse mi teoría a Jameson, y él se encogió de hombros, escéptico.

—Pudiera ser así —admitió—. Pero eso no me aclara cómo entró usted en el piso, Eastwood.

—Insisto en que estaba abierta la puerta —era mi única posibilidad

de eludir una acusación formal por allanamiento de morada con agravantes—. De otro modo, no hubiese entrado jamás. Recordé a Karin Winslow... y no pude resistir la tentación de ver si se repetía el hecho... Entonces pensaba en Greta Ilsen como víctima, no como ejecutora de un crimen, inspector...

—Sí, lo entiendo. Está bien, luego veremos eso para ponerlo en claro —me escudriñó severamente, y su gesto no me gustó nada. Luego, descolgó, llamando a laboratorios, para que se llevaran el material suministrado por mí. Apenas había colgado, sonó el timbre del teléfono. Hizo un gesto ambiguo—. Disculpe, Eastwood. Debe ser urgente, cuando llaman por esta línea...

Atendió la llamada. Asintió dos o tres veces, con gesto súbitamente serio, ensombrecido. Me miró un par de ocasiones, y su modo de hacerlo me inquietó. Finalmente, dijo que le pasaran informe oficial, que él iba a acudir adonde había sucedido aquello de que le informaban, y colgó.

Se quedó mirándome. Le oí respirar profundamente.

—¿Algo malo, inspector? —Me preocupé.

—Muy malo, sí —me estudió glacialmente—. Ha sido usted muy oportuno en sus gestiones, no se le puede negar, amigo mío.

—¿Oportuno? Temo no entenderle... —Pero mi preocupación iba en aumento. Presentía un desastre.

Y vaya si era un desastre.

Un momento más tarde, me informaba secamente Jameson, en tanto tomaba su sombrero y su impermeable, para salir del edificio de New Scotland Yard:

—Se trata de Vincent Rhubard y de Greta Ilsen precisamente. Ella actuó ya, Eastwood.

—¡Cielos, no! —Palidecí intensamente.

—Ha actuado, sí. Rhubard está muy grave, camino del hospital en estos momentos... Vamos para allá. Greta Ilsen le atacó con intención homicida. Ella... ella está muerta ya.

Y salió de Scotland Yard, llevándome a mí pegado a sus talones.

CAPÍTULO VIII

—Lo siento, inspector. No puede hablar aún. No permitiré que le interroguen.

—Pero, doctor, es importante. Tenemos que saber exactamente lo sucedido... —insistió el hombre de Scotland Yard.

—Como médico, no puedo autorizar interrogatorio alguno. El señor Rhubard se recuperará, por fortuna para él. Pudo ser mortal, pero salvó la vida. Ahora bien: ha perdido bastante sangre, está muy débil, sufre un fuerte *shock*, sólo dice incoherencias, y no puedo tolerar molestias de ningún tipo, ni siquiera a la policía. Es mi deber como responsable de su salud, compéndalo.

—Lo comprendo, sí —admitió al fin el policía, de mala gana. Se apartó, junto conmigo, por el blanco, aséptico corredor del hospital donde estaba internado el joven *playboy*, a la espera de la evolución de su crítico estado.

Me quedé mirando a Jameson. Y él a mí, con aire entre ceñudo y pensativo. Indagué, apremiante:

—Inspector, sólo me refirió los hechos, no los detalles... ¿Cómo pudo suceder todo tan rápido? Apenas si hacía cuarenta minutos que había estado yo en casa de Rhubard...

—Ella debió de seguirle a usted, Eastwood, o vigilaba ya la casa de Rhubard, y temió que todo sería más difícil si esperaba más tiempo, tras verle salir a usted de allí. Lo cierto es que entró en la casa. No por la puerta de entrada, sino salvando alguna valla, los setos, no sé. Llegó al interior. Iba armada.

—¿Qué clase de arma?

—Una pistola con silenciador. La ocultaba bajo su impermeable, que colgaba de sus hombros como una capa. Cuando Rhubard y el mayordomo quisieron darse cuenta, ella disparaba ya repetidas veces sobre él. Sólo le alcanzó con dos balas, y ninguna herida era mortal por sí sola, pero la hemorragia o cualquier circunstancia adversa podía complicarlo todo. El mayordomo avisó antes a la ambulancia y al servicio de urgencia médico del hospital, que a la propia policía. Creo que hizo bien, dado el caso.

—¿Y... y Greta Ilsen? —indagué.

—Escapó en la confusión. El mayordomo aún tuvo presencia de ánimo para ordenar su captura inmediata al personal de servicio. Ellos corrieron en su busca, pero la bonita nórdica había abandonado ya la casa, y corría por Prince Albert Road, junto al Canal Grand Union, en dirección a Primrose Hill, sin duda para ocultarse más fácilmente en los árboles y setos del parque...

—Usted dijo que ahora estaba ella muerta... —le recordé.

—Cierto —afirmó, sombrío—. No llegó muy lejos en su carrera. Infortunadamente, un vehículo entró en la carretera a toda velocidad. La arrolló, dándose a la fuga. Cuando los criados alcanzaron a la agresora de su amo, encontraron que ya era cadáver. Tenía la cabeza totalmente aplastada por las ruedas del vehículo. No pudieron hacer nada por ella. Todo sucedió en cuestión de escasos minutos.

—Un oportuno accidente, inspector —señalé con expresión endurecida.

—Muy oportuno, sí —admitió él, pensativo—. La ejecutora desaparece. Difícilmente sabremos ahora quién la ordenó matar. Tampoco conoceremos nunca la respuesta a la pregunta más inquietante de todas: ¿qué es lo que las convierte en criminales?

Le miré, sombrío. Luego, contemplé la luz roja del quirófano donde acababan de extraer las balas de las heridas de Vincent Rhubard. Eché a andar hacia la salida, resueltamente.

—Aquí no tengo ya nada que hacer —dije acremente—. Hasta más tarde, inspector.

—No olvide pasar por Scotland Yard, amigo —me recordó él—. Tenemos que aclarar aún ciertos puntos de su declaración...

Asentí, maldiciendo en voz baja. Con tanto asesinato, tanta violencia, tanta sangre, y la policía se preocupaba por mí y por un posible allanamiento de morada. Al diablo con todos ellos. Empezaba a estar harto de muchas cosas.

Especialmente, de no saber casi nada de nada.

* * *

—Dios mío, Mark. Otra vez... —Se estremeció ella, con expresión acongojada en su rostro turbador.

—Y así, hasta el infinito. Muchos «accidentes» ocurridos durante años en Londres y en otros puntos del país, habrán tenido sin duda el mismo origen criminal. Estoy seguro de que esa especie de Murder Incorporated a la inglesa, funciona desde hace tiempo. Y seguirá funcionando, si no se hace algo por evitarlo. La policía me irrita, Nyree.

—¿Por qué? Ellos hacen todo lo que pueden, ¿no?

—Es posible, pero les falta genio, ideas... Son rutinarios, se paran en minucias y dejan a un lado lo trascendente... Oh, Nyree, es horrible, créame... —la contemplé muy fijo, fumando nervioso el cigarrillo. Ella depositó su amplia bolsa de lona de color granate sobre una silla inmediata de la cafetería. Pidió café, sin dejar de mirarme.

—Sé que es horrible —mover la cabeza, desolada—. Cielos, creo que las sienes van a estallarme hoy. Entre lo que me acaba usted de contar y la larga sesión de proyecciones y de video cassetes pasadas por televisión en la empresa, para ampliar nuestro cursillo, han logrado producirme jaqueca.

—Entonces, será mejor que vaya a su casa y descanse, Nyree. Ya ha pasado usted un día demasiado agitado —miré a través de las vidrieras del local las luces de la ciudad, en la tenue neblina, especialmente las del edificio London *Lady*, a sólo una manzana de distancia de allí—. No debí molestarla, viniendo aquí a esperarla, a la salida de su trabajo. Pero quería informarla. Más que nada, para que tenga precaución, para que vigile y no se deje sorprender por nada ni por nadie, especialmente cuando esté dentro de ese edificio...

—Descuide —rió ella de buen grado—. No parece una gruta de monstruos, la verdad. Tal vez se oculte algo allí, pero será siempre a espaldas de la empresa y de la organización. No puede ser de otro modo, estoy segura.

—Ojalá tenga razón. Pero me gustaría saber por qué dos de sus modelos eran ejecutoras por contrato, asesinos a sueldo. Nunca vi hermosas mujeres convertidas en criminales fríos y despiadados, que obedecen una sola orden, una fotografía, unos datos casi computados.

—Vivian Bloom no obedeció nada de eso, recuérdelo.

—En ella se rebeló algo, quizá su propia voluntad. Acaso también le

pasó a Greta Ilsen, hasta que dominó en ella la voluntad ajena. Yo me pregunto si será posible... la hipnosis.

—¿Hipnotismo? —Nyree hizo un gesto de escepticismo—. No he visto que nadie tenga ese poder en sus ojos, ni tan siquiera que nos mire fijamente nadie en momento alguno... Suena demasiado truculento, ¿no cree?

—Es evidente. Pero ha de ser algo semejante. Yo me pregunto el qué...

Nyree se dirigió a la *toilette*, antes de que nos despidiéramos por esa noche. Me quedé pensativo, fumando en silencio, la mirada perdida en la cristalera de la cafetería, en la taza de café de Nyree, en su bolsa de lona escarlata, medio abierta, al volcarse un poco en la silla donde reposaba.

La enmendé el equilibrio, ordenando un poco los magazines de modas que habían empezado a salirse de *ella*. De pronto, mi mano se quedó engarfiada, agarrotada sobre la bolsa. Mis ojos atónitos se clavaron en algo que sobresalía de entre las páginas de uno de los magazines ilustrados.

Un ángulo de papel marrón.

La sangre se heló en mis venas. No creí que circulase. Mi corazón estaba parado. Mis sienes golpeaban con fuerza. Rápido, hundí los dedos en la bolsa. Tiré del gran sobre marrón.

Vi sobre él un nombre en rotulador. Sin dirección, sin franqueo ni matasellos:

MISS NYREE ADAMS

La puerta de la *toilette* se movía, allá al fondo. Fui muy rápido. Lo guardé en mi bolsillo interior de la chaqueta, doblándolo brusca y rápidamente. Tomé el sobretodo, en tanto esperaba a Nyree. Me costó un enorme esfuerzo, pero mantuve mi sonrisa y mi cordialidad todo el tiempo. Ella me miró, pero no capté sospecha en su gesto.

Nos despedimos un momento más tarde. La vi alejarse, taconeando graciosamente. Todo aquello me pareció imposible, una horrenda pesadilla. Corrí a mi coche febrilmente. Me sudaban las manos, temblorosas, cuando me acomodé al volante y abrí el sobre casi violentamente, a la luz del tablier.

Extraje una fotografía. Temblé, angustiado. Todo me dio vueltas. Saltaron lucecillas ante mis ojos dilatados.

Otra vez el aspa negra. Otra vez las letras rojas, de rotulador. Y la fotografía rayada horizontalmente, pero nítida: «Número 20. Muerte inmediata. Ejecute sentencia».

Y un nombre.

MI nombre. Y MI fotografía otra vez...

* * *

No estaba aún totalmente recuperado, cuando sonó el teléfono de mi casa. Lo descolgué, todavía con un leve temblor en mi mano. Aplasté un cigarrillo en el cenicero. Debía hacer el número cien por aquella noche, o poco menos.

Temí que fuese Nyree, tratando de sonsacar algo con astucia, al haber visto que el sobre marrón faltaba en su bolsa. Pero no era Nyree. Reconocí la voz brusca del inspector Jameson al otro lado del hilo.

—Eastwood, tengo novedades —dijo.

—Yo también, inspector —gemí—. ¿Qué ocurre ahora?

—El material que me dio... La computadora ha dado unos datos concretos sobre esa fotografía de Rhubard. ¿Quiere conocerlos?

—Si son realmente importantes... —dudé.

—Lo son. Escuche esto: «La fotografía está trazada partiendo de impulsos electrónicos, por líneas, al estilo de la señal de la televisión. En vez de ser utilizadas las líneas de la televisión regular británica, se compone la imagen de seiscientas veinticinco líneas, que es la forma en que se emiten las ondas electrónicas de la imagen en otros países europeos. Por tanto, la fotografía es una copia de una imagen televisada». Pero hay más, Eastwood.

—Siga —le alenté, con repentina excitación—. ¿Qué más dijo la computadora?

—De los datos programados, surge la posibilidad de que el aspa y las letras regulares, en color rojo, sean signos convencionales, de un efecto psíquico sobre la mente. El experto en electrónica me lo ha explicado en otros términos. A veces, experimentalmente, sobre todo en Estados Unidos, se ha probado a emitir por cadenas comerciales de televisión determinados anuncios, intercalados entre

programas de normal duración, *spots* rapidísimos, vertiginosos, que el ojo humano no llegaba a captar directamente. Pero que luego, la mente recordaba a la perfección, porque ella sí recibía la señal, y acusaba sus efectos. Así, determinados productos, anunciados por ese sistema, ofrecieron la extraña circunstancia de que se vendieron mucho más en esas fechas, coincidiendo con el experimento, aunque luego el ama de casa o el comprador aseguraran no saber qué hacer con ello, ni haber deseado en absoluto comprarlo, de un modo *consciente*[4]. Del mismo modo, por ultrasonido, pueden emitirse en determinada frecuencia de onda sonora algunos textos que, paulatinamente, hacen su efecto en la mente, guiándola a unas conclusiones previamente establecidas por quien programa la experiencia. En suma: nuestros ojos y oídos no captan ciertas cosas. Pero quedan impresas en el cerebro, pese a todo... y luego se recuerdan y se obedece ese consejo. Llevando esa experiencia hasta ciertos límites no tolerados por ningún organismo oficial ni médico, podríamos obtener incluso órdenes perentorias, que el sujeto obedecería, sin saber la, causa, por tener impresa en su mente esa orden repetida fonética y visualmente.

Hubo un silencio al otro extremo del hilo, cuando el inspector hubo terminado de formular su hipótesis científica sobre determinados hechos.

Yo recordé, en décimas de segundo, frases que mencionara Nyree Adams: «Me duele la cabeza... Tantas proyecciones cinematográficas, tanta imagen en video-tape, por cassettes para televisión... Acabo aturdida...».

Órdenes magnéticas. Impulsos electrónicos visuales. Ultrasonido mezclado con palabras huecas y vulgares, de pura rutina. La mente humana, sensible a esos impulsos furtivos, graba y recoge órdenes tajantes. Se va mentalizando, subconscientemente, para ser un robot humano.

Y obedece. Y mata.

Era monstruoso. Pero era posible. Una experiencia puramente comercial americana, llevada al terreno alucinante del poder sobre otras personas. Hipnosis colectiva a través de las ondas electrónicas de una pantalla de televisión. Signos, palabras, imágenes, rostros. Luego, el envío que reactivaba todo lo registrado mentalmente: la fotografía, el aspa, las palabras en rojo...

—Dios mío —murmuré—. Inspector, acaso aún sea tiempo. Nyree Adams... Nyree Adams, mi nueva amiga, modelo de la London *Lady* también...

—¿Qué le ocurre a ella? —Noté agitada la voz del inspector por el teléfono.

—Ella... ella lleva mi... mi fotografía. La orden de ejecución. La tengo aquí, conmigo. Pero eso nada cuenta. Ella la ha visto ya. Es suficiente. Puede intentarlo... ¡Han hecho ya de ella una asesina!

—Dios mío... ¿Sabe dónde está ahora?

—Imagino que en casa... Inspector, hay que hacer algo, terminar con este horror... Hemos de acabar con esa casa de modas. Es como yo me imaginaba: un centro del delito organizado, un diabólico Sindicato del Crimen de métodos científicos actuales... Cada modelo, cada maniquí... es un futuro asesino en potencia. Cada cursillo... el vehículo para modelar las mentes a su antojo, con el ultrasonido y la imagen ultrarrápida...

—Bien, Eastwood. Yo me ocuparé de eso —dijo el policía—. Tengo la dirección de Nyree Adams. Vamos en su busca, antes de que sea demasiado tarde... También voy a disponer una redada en ese establecimiento de modas. Obtendré una orden judicial de registro. Ahora sabemos lo que buscamos...

Asentí, colgando el teléfono. Me dispuse a hacer algo por mi propia cuenta.

Por desgracia, algo impidió que ello fuera así. Una voz a espaldas mías, calmosa y llena de sosiego, de frío e inquietante sosiego:

—Buenas noches, Mark, querido... ¿Verdad que te alegra verme en tu casa?

Me volví en redondo, conteniendo una exclamación de asombro.

Vi el arma que me encañonaba. Una pistola automática con silenciador. Y detrás de ella, mi hermoso verdugo. Mi bella asesina de turno.

Nyree Adams, una hermosa máquina de matar.

CAPÍTULO IX

—Nyree... Tú —murmuré, tratando de no violentar la situación, dominando mis impulsos y estudiándola con serenidad—. ¿Cómo... cómo pudiste entrar aquí?

—No es difícil obtener un molde de cera de una llave... sobre todo cuando se confía en una y se puede sacar esa llave del bolsillo, hacer el molde y devolverla antes de ser notada la operación...

—¿Eso hiciste? ¿Pensando venir a verme cualquier día? —pregunté, calmoso.

—Sabes que sí ahora. Tomaste ese sobre de mi bolso, en la cafetería. Lo he descubierto luego.

—Como Vivian... Ella tenía otro igual. Pero no se decidió a matarme. Acaso fue el cariño lo que medió en el asunto. Acaso no estaba lo bastante modelada su mente...

—¿De modo que sabes eso?

—Lo sé yo. Y también la policía —avisé duramente—. Todo se termina ya, Nyree.

—Incluso para ti —suspiró ella—. Lo que ocurra luego, no parece importar mucho, Mark. Estarás muerto para entonces. Es la orden recibida.

—Lo entiendo. No te esperaba hoy. Pero ya es demasiado tarde para lamentarse de nada. Cumple tu misión. Sé que no eres responsable.

—¿No vas a guardarme rencor?

—No. Son otros los que dan sus órdenes. Tú te limitas a actuar como un muñeco, frío y sin alma ni voluntad, Nyree. Siento que hagas esto. Cuando vuelvas a ser una persona normal, te horrorizarás de ti misma... pero será ya tarde para arreglar nada, desgraciadamente.

—Oh, Mark, hablas demasiado —sonrió ella con frialdad—. Terminemos esto cuanto antes.

—Sí, Nyree. Terminemos. ¿Puedo saber, al menos, por qué muero, quién ha dado la orden o quién pagó por asesinarme?

—Nosotras nunca sabemos nada —murmuró la joven—. Sólo que hay que matar, ¿entiendes? Sólo eso... Tu fotografía... la llevo

impresa en mi mente. La he visto tantas veces, sin verla... Apenas la viese de nuevo, ahora conscientemente... sería la orden de ejecutarte. Lo sabía. Lo esperaba.

—Es un horrible medio de convertir a los seres humanos en máquinas destructoras, Nyree. Me das lástima, no miedo. Eres tan víctima como yo, como todos. Cuando no les sirvas, se desharán de ti, igual que han hecho con Vivian, con Greta... Son monstruos, no seres humanos.

—Adiós, Mark. Buen viaje a la eternidad —me atajó Nyree.

Y adelantó el brazo armado. Inesperadamente, apretó el gatillo, cuando al cañón con el prolongado cilindro del silenciador, apuntaba a mi cabeza...

* * *

Chascó el arma.

Creí que ni siquiera había oído la bala al penetrar en mi indefenso cerebro, pulverizándolo. Pero seguía viendo ante mí a Nyree, al arma... Observé que su dedo oprimía el gatillo con fuerza. Sólo que no había sucedido absolutamente nada.

Respiré hondo. Ella, inesperadamente, se echó a reír. Tiró el arma a mis manos. Aún reía cuando yo balbuceaba, sin entender:

—Cielos, ¿qué ocurre aquí? Nyree, no entiendo...

—Mark, esa pistola no tiene balas. Está descargada —dijo, riendo aún. Se acercó a mí, hasta que sus senos rozaron con sus puntas erectas mi torso—. Nunca pensé en matarte.

—No entiendo... Tú... estás programada ahora para... para matar...

—Se equivocaron conmigo, Mark. No era tan fácil como en otros casos.

—¿Por qué no?

—Estaba adiestrada para soportar cosas así. Scotland Yard sospechaba algo parecido cuando me envió allí como aspirante a maniquí.

—¡Scotland Yard! Nyree, ¿qué sarta de locuras son esas? —gemí.

—Permite que me presente —se puso seria, aunque con gesto cómico—. Constable Nyree Adams, de Servicios Auxiliares Femeninos de New Scotland Yard.

—¡Una... una mujer policía! —exclamé, aturdido.

—Exactamente —afirmó—. Ahora has dicho la verdad, Mark. Una mujer policía. Ignorábamos el medio de sugestión o hipnosis, pero me he especializado en resistirlos casi todos. Éste me costó más trabajo, por eso me dolía la cabeza... Pude engañarles perfectamente. Incluso a ti...

—Nyree, cómo te habrás reído de mí cuando decía que la policía era rutinaria y no aceptaba nada realmente imaginativo...

—Bueno, confieso que alguna vez me reí con esas cosas. Pero no podía decir nada. No aún... La organización existía y había que dismantelarla. Yo era un medio de intentarlo. Pero tú nos has ayudado mucho, al entrometerte en todo, la verdad sea dicha.

—Nyree, me siento ridículo —manifesté cansadamente—. Ahora comprendo que sólo la policía puede resolver los misterios, no un aficionado a detective...

—Ni la policía, ni los aficionados a policías, señor Eastwood. ¡Quédense quietos ambos! —Sonó la voz fríamente—. No importa que tire ese arma o no. Ya sé que está desarmada. La señorita Adams ha sido muy gentil al anunciarlo de antemano...

El nuevo visitante de mi muy concurrido apartamento, giró en torno nuestro. También iba armado. Era Robin Blackwell.

Pero ahora no llevaba maquillaje, ni parecía afectado. Sus gestos eran varoniles. Lo demás resultaba ser pura ficción, parte de su papel en London *Lady*...

Nyree y yo nos miramos. Después de todo, era una dura lección. Un fracaso común que, sin duda, significaba la muerte para ambos...

* * *

—De modo que no confiaba en mí —dijo Nyree—. Usted me siguió...

—Eso es. La seguí, muchacha —sonrió duramente el falso afeminado de la casa de modas—. No podía dejarla tan fácilmente, sin comprobar si era usted una ejecutora adecuada o una espía... Nuestra organización sobrevive gracias a nuestro celo en impedir riesgos. Pueden engañarnos pero no hasta ese extremo...

—¿Y qué va a hacer ahora? —pregunté con frialdad.

—Ya puede suponerlo —rió Blackwell—. Saben demasiado ambos. Tengo que ejecutarlos aquí mismo. Lo siento.

Nyree me miró. Vi su ojeada extraña a la pistola silenciosa que aún sostenía en mis dedos, como se sostiene un objeto o un juguete inútil. No hizo más gesto ni pronunció palabra alguna al respecto. Por el contrario, la oí decir con tono patético:

—Lástima... Fracasar al final del camino, es más doloroso, querido...

—No se puede hacer nada —me encogí de hombros—. Bien, Blackwell, ¿a qué espera? No me gustan las largas agonías. Termine, con los dos. Supongo que usted es el jefe supremo de todo ese nuevo sindicato, ¿no es cierto?

—No. Sólo soy el segundo. *Lady Joyce* es la tercera en el grupo.

—¿Y... el primero?

—No es asunto suyo.

—¿Tampoco lo es el nombre de mi enemigo? —pedí—. Si voy a morir, me gustaría saber por orden de quién soy sacrificado. No creí tener a nadie que me odiara hasta ese extremo...

—Los nombres de los clientes siempre son secretos —rió Blackwell—. Pero complaceré su curiosidad antes de enviarles al infierno, Eastwood. Nadie le odia realmente, tuvo usted razón.

—¿Entonces... por qué pagarles a ustedes por mi muerte? —me asombré.

—Nuestra tarifa son cinco mil libras por una ejecución, Eastwood.

—Es mucho dinero.

—Eso le prueba que hay mucho más a ganar, si usted muere. Sólo una persona en el mundo se beneficia con su muerte... hasta una cuantía de cien mil libras redondas. Buen negocio matarle, ¿no cree?

—Cien mil libras... Jamás tuve una fortuna así. Ni la décima parte...

—No la tiene. Pero existe una póliza de seguro de vida... a nombre de determinada persona, si usted muere. El suicidio entra en las cláusulas también. Esto será un suicidio, o lo parecerá, no lo dude. Somos maestros en esas cosas.

—Un seguro de vida... —repetí, atónito—. Sólo tuve uno hace años... Lo anulé...

—No. Nunca lo anuló. Siguió en vigor, porque alguien pagaba las primas por usted, y jamás envió la orden de anulación. En suma: su vida sigue valiendo cien mil libras... ¡para su ex esposa, la señora

Julie McKenna, de casada Julie Eastwood!

* * *

Mi esposa...

Al diablo con todo eso. La gente, a veces, le sorprende terriblemente a uno. Mi divorciada esposa, siempre cariñosa y solícita, siempre buena amiga... Cinco mil libras por contratar un crimen. Cien mil de premio inmediato, al morir yo de accidente, enfermedad o suicidio, siempre que pudieran engañar a los expertos de Seguros.

—Ya lo sabe todo ahora —dijo Blackwell—. No puedo perder más tiempo, Eastwood. Lo siento, señorita policía. Adiós a ambos...

Nyree había mirado de nuevo hacia mí y hacia mi mano un instante antes. La entendí, como lo había entendido previamente. El juguete en mis manos estaba horizontal, como al azar. Y como al azar, apreté el gatillo sin que apenas pareciera hacerlo.

Metí la bala a Blackwell en el cráneo, justo sobre sus ojos. Lo maté en el acto.

De otro modo, él nos hubiera matado a nosotros dos. No se podía elegir demasiado.

Cuando cayó delante de nosotros, le contemplé en silencio. Miré a Nyree, pensativo. Ella conservaba la serenidad.

—¿Conque descargada...? —murmuré.

—Sólo la primera bala —rió ella suavemente—. Siempre es una imprudencia vaciar totalmente un arma... para casos como éste. Celebro que te dieras cuenta de mi mensaje, Mark.

—A veces, soy muy listo —refunfuñé entre dientes.

Y le devolví el arma, dirigiéndome tranquilamente al teléfono.

* * *

El desenlace no dejó de resultar cómico. Y no lo digo por la muerte de Robin Blackwell. Matar a un hombre, aunque sea un canalla sin conciencia, siempre deja una huella desagradable en uno.

Me refiero al auténtico desenlace del caso.

Cuando el inspector Jameson nos llevó de nuevo al hospital, a ver a Vincent Rhubard, el hombre herido por Greta Ilsen. Entonces surgió

el contrasentido casi irónico del drama.

El médico nos esperaba, con gesto grave, taciturno. Apenas nos vio, vino a nosotros con rapidez. Su expresión asustó al inspector.

—¿Qué? —masculló—. ¿Hay malas noticias?

—No sé cómo le parecerán a usted, inspector —comentó el médico, ceñudo.

—¿Se agravó? —me interesé yo—. ¿Peligra su vida?

—Hubo un momento en que peligró —dijo el cirujano seriamente—. Y él se dio cuenta. Se agravó de un modo imprevisible, por un fallo cardiorespiratorio que nos hizo temer a todos lo peor. Entonces... entonces tuvo miedo, pensó que moría... y confesó.

—¿Confesó? —La voz de Jameson reveló sorpresa.

Yo me limité a sonreír, sacudiendo la cabeza. La idea estaba ya dentro de mí hacía algún tiempo. Apunté, mirando con ironía al hombre de Scotland Yard:

—Sí, inspector. Debió confesar que él... era el jefe de la organización de asesinos, ¿no es así, doctor?

El médico asintió, sorprendido, ante el estupor de Jameson.

—Sí, señor —dijo—. Veo que usted ya lo sabía. Confesó todo. Tengo firmada su confesión, y supongo que cuando ha sabido que volvía a estar fuera de peligro, pasada la crisis, se habrá llamado estúpido mil veces seguidas.

—Pero... pero ¿qué significa todo esto? —jadeó el policía, aturdido.

—Tenga el documento que él dictó —el médico nos tendió un sobre con unos pliegos dentro—. Ahí está todo explicado...

Y así era. Pudimos leerlo todos.

Vincent Rhubard, sintiéndose morir, había admitido todos sus delitos. Él era el hombre oculto en la sombra, el auténtico propietario de la casa de modas. De su siniestro negocio le venía su creciente fortuna. Evidentemente, Vivian se resistió a sus métodos, y no fue capaz de matarme, dejándome a la vista la fotografía para avisarme.

Rhubard, suponiendo eso, la hizo ejecutar. Vivian le conocía de la casa de modas, como a él mismo se le escapó decir en cierta ocasión, al hablar de la belleza de ambas modelos, sin que hubiera admitido conocer a Vivian en persona. Ella nunca se relacionó con la organización, y la mató sin que lo sospechara la infeliz, hasta ser demasiado tarde...

Yerby y Karin habían sido muertos por orden de su esposa, celosa y llena de codicia. El propio Rhubard se ocupó de la doble ejecución. Lo demás, era simple coartada: fingirse víctima, matar justificadamente a Greta Usen, parecer inocente de todo, al ser herido, y dejar su fotografía en casa de Greta, para que fuese hallaba y fortalecer tal coartada propia.

Lo irónico fue que Greta le hiriese con más fuerza de lo ordenado mentalmente, y eso permitió que llegara la crisis que le asustó, obligándole a liberar su conciencia...

En suma: el *playboy* seductor, confesaba allí todo su siniestro papel en el drama, así como otros muchos delitos anteriores. Y además, estaba a salvo, y pagaría aquella cadena de infamias en prisión de por vida, o en la horca, si el Gobierno resolvía aplicar de nuevo la pena capital en el país. Igual que mi querida ex esposa y que la viuda de Yerby...

A veces, las mujeres resultan incomprensibles en sus actos. Pero de no haber personas así, imagino que tampoco los hombres como Rhubard harían fácilmente una fortuna, al frente de un moderno Sindicato del Crimen...

Cuando menos, fue una buena lección de humildad para el inspector Jameson. Porque yo había llegado ya a esas mismas conclusiones... y así se lo expuse minuciosamente al bueno de Edgar Jameson, de Scotland Yard.

El no quiso ni oírme, disgustado por ello. Tuve que seguir contándoselo a Nyree. Y lo hice muy gustosamente. Porque ahora, cuando ya no tenía recelos hacia ella, empezaba a darme cuenta de que, además de bella modelo y audaz mujer-policía, era una criatura maravillosa... y me gustaba mucho.

Tanto, que sería la segunda y definitiva señora Eastwood, si ella no se oponía.

No. No se opuso.

Ya es la señora Eastwood. Y dejó Scotland Yard, por supuesto. No me gusta estar casado con un policía.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Poco más de un metro ochenta centímetros. < <

[2] Evidentemente, el autor alude a recientes fechas, puesto que la pasada temporada, el histórico club londinense hizo una mala campaña que le llevó a Segunda División. (N. del E.). < <

[3] Autor y creador del personaje más famoso de la literatura policiaca mundial de todos los tiempos: Sherlock Holmes, maestro del sistema deductivo, hoy en día muy desplazado por los autores del género, pese a la televisión, el cine y las constantes reediciones de los «casos» del genio de Baker Street. < <

[4] Rigurosamente verídico. La experiencia fue luego rechazada por determinados centros psiquiátricos, e incluso por las autoridades norteamericanas, por atentar en cierto modo a la independencia de criterio de cada persona, y resultar poco correcto su uso. < <